

FRIEDRICH NIETZSCHE
EN LA FILOSOFÍA DE LA JUSTICIA Y DEL ESTADO¹
Ο Φρειδερίκος Νίτσε εν τη φιλοσοφία του δικαίου και της πολιτείας.

Nikos Kazantzakis

*introducción de José Ramón Arana
traducción y notas de Olga Omatos
Universidad del País Vasco*

INTRODUCCIÓN: EL NIETZSCHE DE KAZANTZAKIS, UN ENCUENTRO RETICENTE

Nadie puede prever el resultado del encuentro de dos talentos literarios. Cuando Kazantzakis redacta esta Memoria (1909), Nietzsche comenzaba a ser conocido en Europa gracias a las traducciones al francés con sus correspondientes introducciones de Henry Albert (1898 ss), y a *La philosophie de Nietzsche* (1898) de Henry Lichtenberg, que exponían un resumen sistematizado de las doctrinas de este pensador no siempre fácil de comprender por su manera casi siempre aforística de expresarse, por su evolución intelectual, por la caótica y a veces fraudulenta edición de sus obras a manos de su hermana.

Esta Memoria tiene todos los rasgos típicos de una obra académica: vida y época del autor, sistema general de pensamiento y desarrollo específico del tema para el que se opone. Leyendo esta Memoria nadie hubiera podido pensar que el opositor llegaría a ser el gran escritor que fue, pero sí a barruntar las ideas que defendió posteriormente como ideas centrales de su concepción del mundo.

Llaman la atención en la Memoria tres aspectos: por qué Kazantzakis elige para una filosofía del derecho a Nietzsche, en segundo lugar la interpretación que hace de este autor y en tercer lugar los silencios de Kazantzakis en esta interpretación.

Que eligiera a Nietzsche para un trabajo académico sorprende al primer pronto, porque Nietzsche es un escritor antiacadémico por esencia. Kazantzakis ha relatado la anécdota sobre cómo descubrió a Nietzsche: gracias a una universitaria que le hizo ver cuánto se parecía él físicamente al pensador alemán². Pero más allá de la anécdota el interés por Nietzsche surge de la preocupación por la situación de su época. Nietzsche fue uno de los críticos más lúcidos, más radicales y más persistentes de su época y hay que recordar que antes de conocer a Nietzsche, Kazantzakis había publicado ya algún artículo sobre la crisis y la decadencia de su tiempo³. Es, pues, la filosofía de la historia lo que aproxima a estos dos pensadores.

Según Kazantzakis, toda la filosofía de Nietzsche se concentra en el nihilismo concebido negativamente como destrucción de los valores existentes y, positivamente, como creación del superhombre. Esta interpretación y todo el esquema de la Memoria lo

¹ Kazantzakis escribió su tesis en París entre los años 1907 y 1909 y fue publicada en Iraklio el año 1909 en la editorial de Stilianós Alexíu, padre de Galatia Kazantzaki. Posteriormente la editorial Kazantzaki volvió a editarlo, Atenas 1998, con una interesante introducción de Patroclus Stabros. La traducción que aquí se presenta corresponde a la segunda edición de ésta última.

² cf. Kazantzakis, N. (1968): *Carta al Greco*. Trad. D. Leocadio Garasa, en “Obras Selectas”, III, 380 – 382, Barcelona: Editorial Planeta.

³ cf. Kazantzakis, N.: “La enfermedad del siglo” (1906), artículo de prensa.

toma de Lichtenberg, al que no cita en ningún momento y cuyo trabajo sin la menor duda había leído.

Define al superhombre como voluntad de poder, es decir, como superación de todas las barreras y límites que coartarían su libertad. Los valores vigentes impedirían la expansión de la vida y esos son los que no estaría dispuesto a aceptar el superhombre. Su criterio es la expansión y el siempre más. Esta interpretación de Nietzsche acompañará a Kazantzakis de por vida y formará el núcleo de su concepción filosófica esencial: la vida como esfuerzo de superación, la que expresa en su *Ascética*.

Anticipo mi interpretación de esta Memoria: se trata por parte de Kazantzakis de *una apropiación de Nietzsche en una concepción cristiana de la vida*.

Algunas afirmaciones de Kazantzakis solo se pueden entender en este sentido. Por ejemplo, que considere a Nietzsche como un continuador divulgativo de la ética kantiana. Esta opinión hubiera horrorizado tanto a Kant como a Nietzsche. Porque Kant decide expulsar de la moral todo lo que tenga que ver con la inclinación, el instinto, el deseo y el sexo: solo el deber por el deber forma parte de lo ético. Además, la kantiana es una ética universalizante, cuyos principios valen igualmente para todo ser racional, es decir, para todo hombre. Mientras que el núcleo de la moral nietzscheana lo constituyen dos ideas completamente opuestas: la vida con sus manifestaciones (instinto, deseo e inclinaciones), que siempre son individuales y singulares, son las que dan valor a una moral. Corporalidad nietzscheana frente a racionalidad kantiana.

Este no es un mero error de interpretación sino toda una estrategia de integración: si Kazantzakis logra conciliar a Nietzsche con Kant, introduciría a Nietzsche en la tradición moral occidental, toda la radicalidad de su crítica perdería su mordiente corrosivo y liberaría a Nietzsche de la acusación de inmoralismo, como el propio Kazantzakis reconoce al final de esta Memoria⁴.

Y en este punto es donde comenzamos a percibir los silencios de Kazantzakis y su sentido. Mencionaré solo un par de “olvidos”.

En primer lugar, el de la muerte de dios. Kazantzakis conocía perfectamente este tema, pues es el comienzo nada menos que del *Zaratustra* y en torno al cual, como alternativa, se presenta toda esta obra. La predicación de Zaratustra a los hombres se debe a que ya dios ha desaparecido y con él todos los valores que representa, resumidos en la unidad, la verdad, la bondad, y es el fundamento de la crítica de la tabla valores sobre la que tanto insiste Kazantzakis en su exposición de la crítica de Nietzsche a su tiempo o nihilismo negativo.

¿Por qué Kazantzakis en este tema tan crucial y tan central no tiene nada que decir? No mencionarlo supone no entender nada del fondo de la cuestión del nihilismo y quedarse en una mera descripción fenomenológica resumiendo las afirmaciones de Nietzsche sobre el tema. O, y este es en mi opinión el caso de Kazantzakis, entenderlo demasiado bien y, precisamente por eso, silenciarlo.

Kazantzakis conoce las invectivas de Nietzsche contra el cristianismo como origen de la “decadencia” occidental: fue Cristo el que habría introducido la nueva tabla de valores en que los minusválidos mentales y las masas toman el poder frente a los destacados. Y el núcleo de la visión cristiana del mundo se centraría en un teocentrismo encarnado en un ser débil y engañador como Jesús de Nazaret. En este punto se le plantea el dilema a Kazantzakis: si habla de la muerte de dios, debe asumir la historicidad radical del cristianismo y, con ella, la desaparición de sus valores y la

⁴ “Inmoralismo” era la interpretación de la filosofía de Nietzsche en un libro de un autor famoso en su tiempo, Fouillé, A.: *Nietzsche et l'immoralisme*, Paris 1902.

necesidad de sustituirla por otros valores nuevos; con lo cual, Kazantzakis no solo aceptaría el ateísmo, sino también el anticristianismo. Pero, si no acepta el planteamiento de Nietzsche, Kazantzakis se vería obligado a seguir con la tabla de valores actuales y con la sociedad que el propio Kazantzakis había criticado antes de conocer a Nietzsche.

Una solución a este dilema es lavarse las manos: no mencionar la muerte de dios; de esta manera cree Kazantzakis que puede seguir criticando la sociedad actual, incluso aceptar la crítica de Nietzsche, pero sin asumir su radicalidad anticristiana.

Este silencio de Kazantzakis sobre la muerte de dios muestra su intento de domesticar a Nietzsche haciéndole digerible para la comunidad cristiana. Esta afirmación puede parecer descabellada, pero no sería esta ni la primera ni la última vez que esto ha ocurrido en la historia⁵.

Otro silencio no menos significativo refuerza mi interpretación: su versión del superhombre. Sobre el superhombre Kazantzakis solo subraya los aspectos de superación de dificultades, de aparición de una nueva humanidad. También el cristianismo había hablado de una nueva humanidad. Pero Kazantzakis silencia el aspecto de violencia y destrucción que esta noción tiene. Las críticas de Nietzsche a la compasión son reiteradas y a cual más ácidas. Subrayar este aspecto chocaría con la caridad cristiana. Estas ambigüedades de Nietzsche, que pudieron ser explotadas por los nazis en su apropiación muchos años después, no aparecen recogidas para nada en Kazantzakis.

La Memoria es uno de los primeros intentos europeos de estudio de Nietzsche: en eso Kazantzakis tiene un mérito indiscutible, sobre todo, teniendo en cuenta que él tenía veinticinco años. Y esta Memoria confirma una vez más que el influjo de Nietzsche ha sido en la cultura europea de tipo completamente dionisiaco. Todos los grandes escritores que se han topado con él han sido influidos desde su raíz, pero cada uno de ellos a su manera. Otros escritores forman escuela, Nietzsche te fuerza a vivirte.

.....

⁵ cf. Willers U.: “Aut Zarathustra aut Christus”. Die Jesus-Deutung Nietzsches im Spiegel ihrer Interpretationsgeschichte: Tendenzen und Entwicklungen von 1900 – 1980”, en *Theologie und Philosophie*, 60, 1985, p. 239 – 256.

Ν. Μ. ΚΑΖΑΝΤΖΑΚΗ
Δ. Ν.

ΕΝΔΕΙΞΙΜΟΣ ΕΠΙ ΤΟΙΣ ΕΣΤΙΝ ΔΙΑΤΡΙΒΗ
Ο ΦΡΕΙΔΕΡΙΚΟΣ ΝΙΤΣΕ
ΕΝ ΤΗ ΦΙΛΟΣΟΦΙΑ
ΤΟΥ ΔΙΚΑΙΟΥ ΚΑΙ ΤΗΣ ΠΟΛΙΤΕΙΑΣ



ΕΚ ΤΩΝ ΚΑΤΑΣΤΗΜΑΤΩΝ ΣΤ. Μ. ΑΛΕΞΙΟΥ
ΕΝ ΗΡΑΚΛΕΙΩ ΚΡΗΤΗΣ
1909

*Ο κήρυος τίτλος τῆς πρώτης ἐκδόσεως τῆς διατριβῆς αὐτῆς
στό Ἡράκλειο τὸ 1909*

FRIEDRICH NIETZSCHE EN LA FILOSOFÍA DE LA JUSTICIA Y DEL ESTADO

Nikos Kazantzakis
tesis doctoral, París 1908

I. PRÓLOGO

Raramente un filósofo ha provocado tal admiración, y al mismo tiempo tanta reprobación como Nietzsche. Por un lado, unos grupos de fanáticos lo ensalzan hasta situarlo en la primera línea de los filósofos, y proclaman su enseñanza como una salvación que ha llegado por fin para purificar el horizonte espiritual de la humanidad actual de las mentiras, las hipocresías y las pequeñeces, y para mostrar a la humanidad un objetivo realmente digno de ella; por otro lado, muchos otros le insultan e ironizan sobre él denunciando al filósofo como un extravagante y cínico, que envuelve lugares comunes y contradicciones con un brillante estilo poético que engaña y ciega. El juicio imparcial sobre Nietzsche lo hizo aún más difícil la irregularidad y la frivolidad de algunos nietzschanos los cuales, como sucede siempre, habiendo subestimado la verdadera importancia del mensaje del Maestro, terminan lamentablemente por ser, unas veces, demócratas anárquicos, y otras los más autoritarios monárquicos, y a menudo dignos de risa al mostrarse despectivos o escépticos con las leyes o como autocomplacientes superhombres. La causa de este confucionismo y subestimación es, por un lado, el superficial y esporádico estudio de algunas obras de Nietzsche y por otro, el estudiar el conjunto de su obra sin tener muchas veces en cuenta, el estudio de dos elementos imprescindibles sin los cuales la enseñanza nietzscheana es incomprendible: a) la época en la que vivió Nietzsche; b) su carácter y su vida.

Cualquier filósofo, poeta o artista, por muy preeminente y precursor que sea, siempre es producto de su época. Aquél que es preeminente absorbe, compone, sistematiza y, finalmente, enuncia a través de sus obras lo que, parcial o sistemáticamente, predomina en el ambiente intelectual. Por tanto, es absolutamente necesario que conozcamos la época, sus ideas y sus impulsos. Sólo así, conociendo cómo consiguió formular esos impulsos y cuál es la parte de su aportación personal, seremos capaces de determinar el valor del filósofo.

No basta con esto. Después de examinar la época, es necesario que examinemos también el carácter y la vida del individuo “compositor” —artista o filósofo—. Si el arte es una totalmente subjetiva, “exteriorización de una idiosincrasia”, lo mismo pensaba Nietzsche sobre la filosofía. Ésta no es, decía, un sistema objetivo y abstracto que existe alejado del filósofo pensante, sino que es el reflejo vivo de la subjetividad del filósofo, la proyección y sistematización de sus peculiaridades y de sus inclinaciones; en una palabra: la objetivación de su subjetividad.

Lo que puede y debe decir simplemente el filósofo es: cómo descubrió sus particularidades y sus impulsos y cómo después alcanzó la serenidad espiritual y la armonía en la vida —y de ese modo ayuda a sus estudiosos a través de métodos semejantes, siempre según la propia idiosincrasia, a lograr el mismo objetivo. Y realmente, la enseñanza de Nietzsche no presenta otra cosa sino la tormentosa historia

de su alma, la cual, a través de tantas tempestades, tendió siempre a la serenidad y a la luz. Así pues, se presenta absolutamente imposible la comprensión de esta enseñanza sin un examen preliminar no sólo de la época sino también del carácter de Nietzsche. De este modo, volviendo al principio, antes de entrar en la parte principal de nuestro estudio, queda en evidencia la necesidad de que examinemos previamente los dos temas siguientes: a) La época en la que vivió Nietzsche y que también es nuestra época; b) el carácter y la vida de Nietzsche.

1) ÉPOCA

No ha existido ninguna época como la nuestra tan fecunda en creaciones y refutaciones y en nerviosas búsquedas de un ideal firme que satisfaga las necesidades materiales y espirituales de la humanidad que piensa y se afana. Lo que ayer era un ídolo, hoy declina y cae hecho añicos, y en su lugar se alza un nuevo ídolo que, a su vez, caerá y se hará añicos.

Así, tras la caída de Napoleón el Grande, los pueblos, agotados por las prolongadas y sangrientas guerras, sorprendidos por el insólito vuelco de la suerte, que se manifestó ante ellos como una divina Providencia y una Némesis, se agruparon bajo las consoladoras alas de la Religión buscando en ella alivio y paz.

Pero este retorno a la Religión era completamente sentimental y literario, consecuencia de un momentáneo desfallecimiento y agotamiento. A mediados del siglo XIX, otro ídolo aparece triunfalmente en el horizonte de la conciencia humana trayendo ricas promesas y anunciando la solución de todos los problemas y la satisfacción justa e imparcial de todas las necesidades: LA CIENCIA.

Con entusiasmo incontenible fue saludada por espíritus preeminentes como una nueva y ya definitiva religión de la humanidad. Pero de nuevo el entusiasmo fue momentáneo. En vano intentan filósofos y utópicos fijar el nuevo régimen religioso, económico y civilizador de la sociedad, sobre la naturaleza descubierta por la Ciencia. Al contrario; cuanto más levanta la Ciencia el sagrado peplo de Isis, tanto más irreconciliable se hace el ideal del amor y de la hermandad, que hasta ese momento soñaba y perseguía el hombre, con el ideal que parece perseguir la Naturaleza. El vacío entre Ética y Física se hace cada vez más terrible. Bajo el concepto humano la Naturaleza se muestra profundamente inmoral y monstruosa, rígida madrastra para los sensibles y débiles, una fuerza ciega y salvaje destruyendo para crear y creando para destruir de nuevo otra vez.

Lo que el hombre consideraba hasta entonces noble y ético se presenta de pronto ante él al margen de las leyes naturales. Y se le despierta con angustia la duda siguiente: ¿Es verdaderamente ético que el hombre, como ser físico que es, se someta y siga las leyes del resto de la naturaleza de la cual constituye una pequeñísima parte, o puede y debe constituir una excepción puesto que es imposible la unión de las leyes físicas y éticas a pesar de todas las tentativas filosóficas?

De esta doble fuente de las leyes brotan las dos grandes corrientes del pensamiento actual, ambas impulsoras pero también contrarias. Y la Ciencia no puede ya acercarse como consultora y como ayuda. En vano buscaron en ella la explicación del “porqué” de las cosas- así quizá podrían elegir y abrazar el otro de los conceptos: La Ciencia explica el “cómo” pero no el “porqué”. La famosa teoría darwiniana, que hizo su aparición como respuesta a las angustiosas interrogantes que siempre dirige la humanidad hacia lo “Desconocido”, frustró las esperanzas. La propia teoría darwiniana

muestra la adaptación, los rodeos y las combinaciones inteligentísimas que encuentra la naturaleza para enfrentarse a los obstáculos que se presentan en su camino, pero se ve incapaz de mostrar la causa de la trayectoria y el objetivo del desarrollo. Las irregularidades del camino y sus desviaciones no explican en modo alguno el comienzo y el final del camino, la adaptación no explica en modo alguno el desarrollo.

Así comenzó ya la crítica a socavar inexorablemente a la Ciencia, a analizarla y a echarla por tierra. Filósofos y científicos actuales como Bergson, Poincaré o Le Roy en Francia, Peirce y James (*Pragmatism*, 1906) en América, el profesor Schiller (*Humanism*, 1906) en Inglaterra, denuncian a la Ciencia como incapaz de contestar, a no ser en asuntos de segundo orden, a cuestiones de provecho práctico y de progreso material. Todos éstos, reconociendo la incapacidad de la Ciencia para dar cumplimiento a sus promesas, la declaran, según Brunetière, en situación de bancarrota.

Y llegó así la primera aparición de anarquía espiritual en la Historia. Las ideas del pasado, los sistemas, las leyes y las costumbres subsisten todavía, mientras que concretamente las bases sobre las que todas estas cosas se sostienen, han sido removidas y echadas abajo por el análisis y la crítica actual. La contradicción en la vida del hombre actual es cada vez más intolerable: se doblega ante leyes en las que no tiene ya ninguna convicción, sigue normas de vida trazadas por una concepción ya derrocada y evidentemente equivocada. Y no ha logrado todavía encontrar los dogmas que dimanen de su nueva concepción sobre el mundo, y sobre los cuales construirá sus nuevas ideas sobre el Derecho y la Ética, las leyes y las costumbres. Y nos encontramos así en una situación vacilante y transitoria: la Ciencia, que destruyó el templo en tres días, es incapaz hasta hoy de levantar otro.

Los nocivos síntomas de esta situación se asemejan sorprendentemente a los de la época de los Sofistas en los años de eclosión del antiguo mundo helénico. También hoy, igual que entonces, el espíritu humano, después de renunciar y hacer pedazos los ídolos de su culto y de su entusiasmo, esperó angustiosamente un principio ético que pusiera fin a la anarquía y a la incertidumbre. También hoy, igual que entonces, tenemos la Negación, el Epicureísmo, el Pesimismo, el Cinismo. Una desesperanza total, una falta de toda disciplina interior, un rechazo de todas las reglas sociales. Un descontento que aumenta cada vez más y amenaza desde abajo, como presagio de un seísmo futuro, con derribar a la Sociedad y a la Civilización actuales cuyas bases, que fueron descubiertas una vez, se han revelado podridas y sustituibles.

Lo que, sin embargo, hace más peligrosa nuestra época actual, es que esta anarquía y este descontento no se limitan, como en la época antigua, a la clase más alta, sino que hoy impregnan y asedian más anárquica y angustiosamente a todos los estratos sociales. Y esto, gracias a la enseñanza obligatoria, a las conferencias, a los libros, a las incitaciones de insensatos demagogos y peligrosos utopistas bajo cuya doctrina se unen los obreros, los pobres, los injuriados, los marginados, y se refugian en sindicatos, en sociedades, en partidos políticos y en ejércitos de economistas. Para ellos se ha hecho imperioso el deseo y la necesidad de la restauración, y el sufragio universal de hoy día coloca en sus manos la fuerza para satisfacer este deseo y esta necesidad. Y la satisfacción va a ser implacable porque ninguna autoridad superior obstaculiza o atemoriza a las muchedumbres actuales.

En los estratos más bajos y más extensos de la sociedad, una masa de hombres, informe, plural y todopoderosa se agita y se conmociona cada vez más exasperada por los odios del pasado y armada con las teorías del presente, y libre, por otro lado, de los miedos a la vida futura y de los consuelos de las promesas que trae: los instintos no tienen hoy ningún freno de recompensa o castigo futuros. Y así se está modelando una

época opuesta por completo a todo tipo de freno espiritual. Mientras que, por un lado se observa una tendencia a la concentración material, se observa, por el contrario, cada vez más una mayor y más funesta descentración espiritual. Esto es evidente en la historia de los Pueblos. Hasta ahora, no sólo en la Antigüedad, sino en la Edad Media, una autoridad religiosa o política imponía su pensamiento, religión o ética, sobre todas las personas sometidas a ella, las cuales, por lo demás, eran libres para disponer a su antojo de su trabajo y de su producción material.

Hoy en día el Estado exige organizar y tomar a su cargo, si es posible, el comercio, la industria, la producción material, permitiendo al mismo tiempo al individuo pensar como quiera y creer en cualquier religiosidad. Entonces, la manifestación espiritual era esclava y la material libre; hoy día, la material es esclava y sólo es libre la manifestación espiritual. Pero esta libertad del espíritu es un admirable instrumento para la destrucción, pero completamente inútil para la reconstrucción. Fue muy beneficiosa en el siglo XVIII, el siglo de la negación y de la catástrofe, pero es peligrosa y nefasta en los siglos XIX y XX en los que la necesidad de reconstrucción es cada vez más imperiosa y urgente.

En esta época de derribo, y al mismo tiempo de intento de reconstrucción era natural que surgieran muchos sofistas y destructores, así como también muchos profetas y demiurgos. En Inglaterra el más audaz de todos, Ricardo Owen, con su “Nueva Armonía” establecida en América que naufragó lamentablemente. En Francia Saint Simon con la unidad universal basada en la capacidad y el trabajo, Comte con la “Religión de la Humanidad” basada en la Ciencia y en el Amor, Fourier con su “Falange” donde el capital, el trabajo y la inteligencia se repartían según los cargos y las ganancias.

En Alemania, en el plano religioso y ético, Strauss, Feuerbach y Stirner; en el económico Karl Marx y Lassalle: El primero, decretando los dogmas del socialismo, denunciando el capital como “destilando sangre y bilis” y prediciendo como necesidad histórica el triunfo de la cuarta clase y la ineludible caída de los burgueses y capitalistas. Mientras que el socialismo se apoyaba antes de Marx en todos los argumentos sentimentales de la filantropía, y en las indeterminadas preocupaciones filosóficas de la justicia y la igualdad, a partir de él, el socialismo extrae sus armas de la Ciencia y establece como evidente y legal la imposición de la clase de los trabajadores, inevitable consecuencia, naturalmente, del desarrollo social. Lassalle, por otro lado, es el impulsivo apóstol Pablo de los nuevos dogmas, anunciando a las muchedumbres el nuevo evangelio por medio de una actividad y una elocuencia arrolladoras.

Entre estos destructores y creadores se incluye también, abarcando ambas características, Federico Nietzsche. Profundamente diferente de los simplemente anárquicos, cuyo objetivo es la destrucción por la destrucción, y de los escépticos, que dudan acerca todas las cosas, Nietzsche aparece en el siglo XIX como una magnífica figura trágica encerrando en sí misma toda la angustia y la antinomia de nuestra tempestuosa época, toda la tantálica sed de la verdad, que siempre desengaña nuestras esperanzas, toda la indignación y la anarquía del siglo por un lado, y por el otro todo el asistemático impulso hacia nuevos ideales más nobles. Un doble fundamento, negativo y positivo, que conviene que comprendamos bien antes de entrar en el pormenorizado análisis de sus manifestaciones.

Por un lado, un crítico agudísimo, que no duda en analizar y desnudar las convicciones y las ideas consideradas hasta ahora más sagradas, destrozándolas con un ímpetu tan hosco, cruel e implacable que produce indignación incluso entre sus más fervorosos seguidores, y por el otro lado, un poeta profundísimo con un amor

desbordante por lo que es hermoso y noble, con una alegría dionisiaca que brota de un caótico y agitado intelecto, de un organismo que sufre y que busca en vano alivio y curación en las costas del Mediterráneo o en los calmantes.

Después del conocimiento de la época en la que vivió Nietzsche, el conocimiento de su carácter y de su vida, ambos unidos, conseguirán darnos las llaves del enigma que presenta a todos hasta hoy la obra de Nietzsche. En la rápida ojeada a la vida interior y exterior de Nietzsche que sigue a continuación recogeremos cuáles eran las características sobresalientes de Nietzsche, cómo se tensionaron hasta un paroxismo peligroso a causa de las profundas influencias de su juventud, cómo se sistematizaron después y se cambiaron de negativas y pesimistas en optimistas y positivas con cierto ideal ético, social, cultural; estos puntos en líneas generales, y en cuanto lo exija la comprensión del sistema filosófico de Nietzsche en relación con el Derecho y la Civilización.

2) CARÁCTER Y VIDA DE NIETZSCHE

Dos son las características sobresalientes (las *facultés maîtresses* como diría Taine) de Nietzsche: la implacable sinceridad de carácter y el inmenso egoísmo. La sinceridad fue para él la causa de buscar angustiosamente la verdad, de examinar una idea, de profundizar, de avanzar, de sacar consecuencias y de no estar satisfecho otra vez, temiendo siempre que no fuera esa la verdad, que fuera necesario quitar otra máscara, siempre insaciable y desconfiado y, cuando deja ya finalmente la idea bajo el análisis final, la espera con inquietud, preguntándose si el rostro que la transmitió y la dejó es aún una máscara.

Esta característica básica de Nietzsche le obliga siempre a avanzar, a superarse a sí mismo, a ser inquieto y, objetivando su subjetividad, considerar finalmente como objetivo de la humanidad el superarse a sí misma, creando siempre tipos cada vez más perfectos sin final ni tregua. Por otro lado, su egoísmo explica y completa la agudeza de su característica anterior. No puede soportar ningún yugo, cualquiera que éste sea, intenta siempre encontrar algo original con tanta pasión, que muchas veces cae en paradojas y cinismos simplemente para mostrarse original y superior a los demás en la audacia del enunciado de sus ideas. De la unión de esta sinceridad y de la soberbia proviene su sensibilidad femenina e histérica en todo lo que considera falso y corrupto, y el ímpetu con el que defiende el nuevo ídolo que llevaba tras de sí a los hombres: el Superhombre. Conociendo ahora estas características sobresalientes de Nietzsche, la sinceridad, el egoísmo, la sensibilidad y el ímpetu, es fácil comprender la repercusión que tuvieron sobre él las primeras influencias.

Criado en una familia de clérigos y beatos practicantes conservó siempre después, con toda la osadía de sus ideas, con todo su odio contra el Cristianismo, una ética completamente cristiana. Como verdadero protestante creía en principio en una completa armonía entre Ciencia y Cristianismo, en consecuencia también encontró en la religión la satisfacción de su característica sobresaliente, su sinceridad y su culto a la verdad. Y sólo cuando a la edad de veinte años comenzó a dudar de esta armonía entre verdad y Cristianismo, entonces comenzaron los primeros pasos de rebeldía que le alejaron de la religión. No renunciando a sus primeras ideas, sino al contrario, apoyado sólidamente en ellas, dado que, si creía en la religión, creía porque identificaba a ésta con la verdad. Por consiguiente, desde el momento en que comenzó a ver que estas dos ideas se separan, el negar la religión y seguir la verdad fue una consecuencia en armonía

con su carácter. Pero la sensibilidad de Nietzsche no le permitió apartarse fácilmente y sin dolor de la idea religiosa.

«Oh, es fácil para cualquiera destruir», grita, «pero a continuación es preciso reconstruir. Y creo que la destrucción parece más fácil de lo que es en realidad; estamos tan influidos hasta el fondo del alma por las impresiones de nuestros años de infancia, por la influencia de los padres y de los maestros, que estos temores divinos tan profundamente enraizados, no se arrancan fácilmente con los argumentos de la lógica o con las órdenes de la voluntad. La fuerza del temperamento, la necesidad de un ideal, el conflicto con el mundo de hoy, la destrucción de todas las actuales formas sociales, la duda que se levanta angustiosamente ante nosotros, de que durante dos mil años la humanidad haya sido víctima de engaño, todos estos sentimientos luchan en nuestra alma y la desgarran».

Por toda esta lucha pasó Nietzsche intentando además conciliar lo inconciliable, y sólo cuando otras fuertes influencias externas cayeron sobre él, rompió definitivamente con la religión y comenzó a ascender, como él mismo dice, “por la solitaria y dolorosa senda del investigador, del que ya no busca la felicidad y la paz sino la verdad, la verdad frente a cualquier sacrificio, incluso si esa verdad es terrible y detestable”. Las influencias que empujaron a Nietzsche a este paso definitivo de la renuncia a la religión y que turbaron profundamente su alma fueron las influencias de Schopenhauer y de Wagner. Se sale de los límites de nuestro estudio la comparación detallada de los sistemas filosóficos de Schopenhauer y de Nietzsche, la cual nos convencería de la fuerte influencia que tuvo sobre el espíritu y la vida de Nietzsche el estudio del filósofo y predicador del Nirvana. Pero son imprescindibles unas pocas palabras para la comprensión de la filosofía de Nietzsche.

Nietzsche acepta, con el gran pesimista, que la esencia del mundo es la Voluntad, la cual en toda la creación es la misma en el cuál, y diferente sólo en el cuánto. Esta Voluntad no es sino un doloroso deseo que empuja al hombre a una eterna lucha, tanto más lleno de pesimismo, cuanto que va acompañado del seguro presentimiento de la derrota. «Querer sufrir sin causa toda la vida y morir después, y así sucesivamente por los siglos de los siglos hasta que la tierra estalle en pequeñísimos pedazos». Así está establecido el mundo inexcusablemente, y no existe ninguna salvación a no ser la extinción de esa Voluntad que mantiene la vida sobre nuestro planeta.

Para un alma tan sensible y aristocrática como la de Nietzsche, que abominaba del ruido de las calles y de los vulgares contactos de la vida diaria, fue evidente la incalculable influencia de tales dogmas. Y esta sobreexcitación pesimista la agudizó aún más la música y la relación con Wagner. Gozó en dosis mortales de la atracción de esta música que, bajo un externo impulso, inspirador y primitivo, encierra lo que de neurópata, histérico y decadente posee el alma nueva. Y así Nietzsche, hasta los veinticinco años de edad, bajo estas influencias pesimistas y neurópatas y bajo la sobreexcitación de sus características y de la ausencia de una orientación sistemática de ellas, fue un héroe amando las luchas y la vida, y, al mismo tiempo, una mujer llorando por cualquier contacto brusco con la realidad; fue duro y al mismo tiempo tierno, místico y positivista. Todo su organismo psíquico, ansiaba sobreexcitado la revelación de un ideal que pudiera abarcar y armonizar todas sus características e impulsos.

Y sobrevino esta Revelación. Para Nietzsche fue Grecia. A la edad de veinticinco años, habiendo sido nombrado profesor en la Universidad suiza de Basilea, tuvo la oportunidad de estudiar en profundidad la tragedia griega y a los filósofos griegos. En estos estudios suyos hemos de asociar algunas influencias secundarias entonces, sobre todo las de Hölderlin y Emerson. El primero transmitió a Nietzsche el entusiasmo lírico

por la civilización griega, tan ampliamente libre y profundamente humana en contraste con la civilización estrecha y escolástica de la nueva Alemania. Emerson, por otro lado, transmitió a Nietzsche el culto a los grandes héroes que tanto cantó Carlyle (*Hero Worship*), el entusiasmo por la voluntad y la vida ricamente manifestada, el desprecio por los bienes materiales y por la estrecha felicidad de las ciudades.

Es indiferente cómo entendió Nietzsche a Grecia (recta o equivocadamente); las consecuencias son de todos modos las mismas: Grecia fue para él el ideal que buscaba, la amplia concepción que encierra el pesimismo junto con el impetuoso amor a la vida, y el único que puede conducir al hombre hacia su verdadero objetivo. El alma, que según Nietzsche inspira de un extremo al otro la tragedia griega, fue el punto de partida y, al mismo tiempo, el fin de su filosofía. Su primera obra filosófica fue inspirada por la tragedia griega, y al final, después de una serie de obras destructivas, extrajo de ella el ideal de la vida y del hombre. Y por eso es necesario, aunque sea muy brevemente, que veamos cómo entendió Nietzsche la tragedia.

Según él, la antigua tragedia conduce al hombre, a través del miedo y de la compasión, al éxtasis dionisiaco donde, independizándose de la estrecha vida individual, toma parte, por decirlo así, de la fuerza eterna y creadora del Universo viviente. De la melodía del coro, junto a Semele, extrajo fuerza la profunda alma de Helen, maravillosamente sensible también a las más leves tristezas; con agudísima mirada calculó las terribles catástrofes de la historia universal y comprendió la dureza y la ceguera de la naturaleza. Y entonces surgió el Arte, que presentándose como Diosa salvadora, salvó el alma griega del pesimismo budista y transformó la emoción producida por este espectáculo repulsivo en una imagen idealizada e irresistible: la Tragedia y la Comedia.

No hemos de soportar la vida, grita Nietzsche, abrumado por la revelación del mundo griego, sino también amarla y abrazarla con pasión rechazando con indignación el pesimismo, el romanticismo, el cristianismo, esas diferentes formas de suicidio y de condena de la vida. «Quiero que el hombre esté todo lo más orgulloso posible, viviendo y ansiando la vida; y amo al mundo y lo amo exactamente como es, y lo amo ahora y eternamente y gritaré insaciablemente: bis!». Pero este concepto lleva consigo un antagonismo mortal, una lucha implacable, peligros a cada paso. Exactamente. «Creedme, el único modo de que coseches en abundancia es que vivas peligrosamente. Construid vuestras casas a los pies del Vesubio. Enviad vuestros barcos a mares lejanos e inexplorados. Vivid en pie de guerra contra vuestros semejantes y con vosotros mismos».

De este modo, los ídolos que había adorado Nietzsche hasta entonces se tambalean. Le habían enseñado el romanticismo, le habían empapado de pesimismo y sensibilidad, le habían inspirado desconfianza y odio hacia la vida y he aquí que ahora descubre una raza libre, alegre y a la vez profunda, que ama la vida, que no teme la muerte, apolínea en sus momentos de sosiego, dionisiaca en su exaltación y en sagrado entusiasmo, olímpica en el conjunto. Le habían enseñado el pesimismo y he aquí ahora una raza no sólo optimista sino que utilizaba incluso el pesimismo como instrumento del optimismo, erradicando así la antinomia por medio de la heroica aceptación de la vida bajo todas sus manifestaciones: las manifestaciones del sufrimiento junto a las del placer.

La lucha que, como hemos visto, había provocado la separación de Nietzsche de la religión, provocó también ahora su separación de los nuevos ídolos. No arrancó sin desgarrar su hasta entonces querido pesimismo y el concepto romántico del mundo. «Cuando continué el camino yo solo, comencé a temblar. Después de un tiempo, enfermé agotado por el desencanto que me proporcionaban las ideas que tanto había

amado hasta entonces, agotado todavía por una terrible sospecha: presentía que, después de este desencanto, estaría condenado a ser más desconfiado, a despreciar más profundamente y a vivir más aislado».

Realmente, desde entonces su vida fue una lucha despiadada, un ataque de una fuerza increíble contra todo lo que hasta entonces había amado, admirado y respetado. Después de un tal descubrimiento de una maravillosa civilización, Nietzsche lanzando su mirada hacia la Europa actual, es dominado por una indignación y una furia subversiva. Y se pregunta con angustia: ¿Cuál es la causa de semejante derrumbamiento del mundo actual? Nietzsche encontró esta causa en las ideas fundamentales, que constituyen las bases de la sociedad actual. Y dirigió el ataque contra esas bases con una fuerza constantemente excitada por la enfermedad que se estaba incubando en él. Habiendo dimitido de su cátedra a causa de la enfermedad, comenzó a recorrer las costas del Mediterráneo y a acechar un momento de tregua en sus sufrimientos somáticos para trabajar, pensar y escribir. Sin familia, sin refugio, recorriendo países extranjeros, sin amigos, abandonado y enfermo, comenzó a partir de entonces a vivir el drama más trágico de su vida. A cada paso se enfrentaba con una lucha desesperada contra la locura que avanzaba continuamente, y en los momentos lúcidos de salud surgían de su cerebro arruinado y apagado, ideas, pensamientos, doctrinas de una extraordinaria belleza y fuerza.

Esta vida suya durísimamente probada por la enfermedad y la lucha por la salud y la luz, influyó profundamente en las obras de nuestro filósofo. ¡Qué diferencia entre su primera obra (*Die Geburt der Tragödie*, 1869-1871) y de las inmediatamente siguientes! Mientras en su primera obra, desvela con entusiasmo juvenil e inspiración profundamente poética el secreto de la sagrada Semele y ensalza ante nuestros ojos el atractivo e incomparable ideal de la vida griega, en las obras siguientes arremete con ironía e indignación contra todo tipo de régimen, religioso, ético y cultural; nada de la vida actual encuentra piedad a sus ojos. Se compara a sí mismo con un minero que excava bajo tierra y las profundidades los más fuertes dogmas, y avanza metódicamente, despiadadamente y con paciencia bajo el suelo, lejos de la luz, lejos de la claridad del día y de los hombres.

Así, en su obra *Humano, demasiado humano* (*Menschliches Allzumenschliches*, 1876) ataca el pesimismo romántico y en particular a su más querido maestro Schopenhauer al cual repudia y condena. No acepta ya la Voluntad universal como el (ὄντως ον). Condena la compasión, la abnegación, el sacrificio. No acepta ya que objetivo de la humanidad sea la producción de hombres geniales, no reconoce ningún objetivo para el hombre y para el mundo. ¿El Arte? ¿La Poesía? Creadores tramposos de quimeras peligrosas. En su siguiente obra: *El caminante y su sombra* (*Der Wanderer und sein Schatten*, 1880) intenta penetrar en la sombra que proyectan todos los objetos cuando el sol del conocimiento cae sobre ellos. El caminante, sin guía y sin brújula, termina como presa de su sombra, la cual le conduce indefenso y sin fuerza y lo lleva dando vueltas hacia las cimas mortales y a las fauces del abismo. Cuantos sueños, convicciones, ideas creyó que había rechazado y destruido, se le presentan ahora como espectros de su fantasía enferma y le agitan. Se asemeja a un asesino que contempla a sus víctimas en una ilusión patológica.

En otras obras: *Aurora* (*Morgenröte*, 1881) y *Genealogía de la Moral* (*Zur Genealogie der Moral*, 1887) dirige su ataque contra la ética e intenta demostrar que la ética no procede de arriba ni tiene absolutamente importancia de 'Imperativo Categórico'; no existe un canon general y seguro que defina los términos del bien y del

mal. La Ética no es sino dogmas de los débiles y decadentes. En sus restantes obras: *La gaya ciencia* (*Die fröhliche Wissenschaft*, 1882), *Más allá del Bien y del Mal* (*Jenseits von Gut und Böse*, 1886), *El crepúsculo de los ídolos* (*Götzen-Dammerung*, 1889), Nietzsche echa abajo con más ímpetu y cinismo aún los ídolos actuales, y, con un excesivo amor por la verdad, se atreve a renegar incluso de esta verdad porque, al analizarla, encontró que para el hombre, para el más elevado objetivo del hombre, quizá son igualmente imprescindibles e igualmente dignos de aprobación y de estimación la verdad y la mentira.

Sin embargo, bajo la burla y la sátira de estas obras se percibe el inconsolable dolor y el doloroso intento de Nietzsche para dirigir todas las renunciaciones hacia una afirmación triunfal. En 1882 su salud había empezado a mejorar ya, y con jovial emoción grita en su obra *La gaya ciencia*: «Este libro es un grito de júbilo después de largos días de miseria e impotencia, es un himno de alegría en el que cantan las fuerzas que vuelven de nuevo y la renacida fe en la vida; siento de pronto abriéndose ante mí futuras próximas aventuras y mares libres y nuevos objetivos hacia los que estoy obligado y dirijo mis fuerzas». Sentía la dulce embriaguez del restablecimiento, sentimiento de alegría y a la vez de esperanza, semejante a la primavera después de un largo invierno. Y se alza entonces en el pensamiento de Nietzsche la figura centelleante de Zarathustra el cual, después de haber deleitado durante diez años su pensamiento y el aislamiento en el desierto, desciende hacia los hombres anunciándoles la religión del Superhombre.

«Os anuncio al Superhombre. El hombre es lo que debemos superar. ¿Qué habéis hecho para superarlo? Todos los seres han creado hasta ahora algo superior a ellos mismos, y vosotros, al contrario de toda la naturaleza, ¿preferís regresar hacia el animal antes que superar al hombre? ¿Qué es el mono para el hombre? Un objeto de burla, de ignominia y de dolor. Eso es también el hombre para el Superhombre: un objeto de burla, de ignominia y de dolor. He aquí que os traigo la buena nueva del Superhombre. El Superhombre, he aquí la meta de la tierra». Este nuevo ideal de Nietzsche es idéntico al ideal que, según Nietzsche, fue hecho realidad por los griegos de la época presocrática: la misma heroica aceptación de la vida con todos sus placeres y sufrimientos, el pesimismo sojuzgado por el optimismo y utilizado como centro de un disfrute más profundo de la vida eterna. Y desde esta cima, a la que subió Nietzsche con tantas luchas y tales martirios, cayó de pronto demente, espiritualmente muerto, no pudiendo ya finalizar su obra a medio terminar *Wille zur Macht*, en la cual buscaba sistemática y filosóficamente exponer la teoría que, lírica y simbólicamente, había expuesto en el *Zarathustra*.

Esta es, en líneas generales, la vida y la evolución espiritual de Nietzsche. Buscó con angustia la verdad hasta cimas prohibidas y mortales. «Aislado, lejos de los hombres, deambulando hacia todos los laberintos del futuro, me asemejo, dice él mismo, a un ave profética anunciando el futuro con la cabeza vuelta hacia atrás». Y, sin embargo, a pesar de todo el martirio de su vida, no se acobarda ni se doblé. «No», grita, (y leemos estas líneas con profunda emoción teniendo en cuenta su vida), «no, la vida no me ha engañado. Al contrario, la encuentro más rica, más misteriosa y deseable desde el día en que se me descubrió la idea salvadora de que la vida es quizá una prueba para el que busca la verdad, que esta verdad sea para los demás un lecho de descanso, o un camino que lleva a la diversión y el placer. Para mí es un mundo lleno de peligros, de victorias y de actos heroicos. La vida nos ha sido dada para que busquemos la verdad. Con este convencimiento en el corazón, podemos no sólo vivir con resignación sino también con regocijo.»

Conocemos ya los dos elementos indispensables para comprender la filosofía de Nietzsche: a) la época de Nietzsche y b) su carácter y su vida. Teniendo presentes estos dos aspectos, vamos ahora a justificar debidamente, pero también a condenar debidamente los excesos y los errores de Nietzsche, sin pasar por alto, sin embargo, su noble osadía y sus heroicos esfuerzos para elevar nuestra mente y nuestra vida a cimas más altas y puras. No es posible extraer de la enseñanza de Nietzsche un sistema basado de modo sólido en la armonía lógica. Intentaremos pues, teniendo siempre en cuenta lo que concierne especialmente a la filosofía del Derecho, exponer, lo más sistemáticamente posible, cuál es la enseñanza de Nietzsche: sobre la naturaleza y el fin del Hombre, de la Familia, de la Sociedad, de la Ética, del Derecho y de la Cultura.

II. NIHILISMO

La característica básica, el mayor mal de nuestra época, según Nietzsche, es el Nihilismo. Toda Europa se agita dominada por una agonía mortífera que se agranda más y más y amenaza con una catástrofe nunca vista en la historia. La sociedad, inquieta y al mismo tiempo impetuosa y atolondrada, se deja llevar «como un río que se apresura para llegar al término de su curso».

¿Qué se entiende por la palabra ‘Nihilismo’? La situación producida entre nosotros, por la cual enseguida comprenderemos que existe una antinomia irrevocable e irreconciliable entre lo ideal y la realidad, entre la vida que consideramos buena y viable y la vida impuesta por la realidad. ¿De dónde procede esta situación? Cada época, cada cultura tiene lo que Nietzsche llama su ‘Escala de valores’. Es decir, que admite una gradación jerárquica de los valores; censura y condena unas ideas, y a otras las exalta y las impone. Así, la escala de los valores de la época actual establece la verdad preferible a la mentira, la ética preferible a la inmoralidad, la compasión y la bondad a la dureza y la maldad.

Esta determinación de los valores constituye la base de la Sociedad y de la Civilización. Regula las acciones de los ciudadanos, los castigos y las recompensas, las obligaciones y los derechos del hombre como individuo y como ciudadano, en una palabra, define y establece las reglas que cada uno debe seguir en su vida externa e interna, en el Derecho y en la Ética. Así pues, la escala de los valores es la base de cada época y de cada cultura; en consecuencia, la causa de todo mal o bienestar general debemos buscarla en cada escala de valores. Y Nietzsche, frente al abatimiento actual del Hombre y de la Civilización, se pregunta: ¿Será quizá la causa de este abatimiento la Escala de Valores impuesto al mundo de hoy? Y, con su característica e implacable sinceridad e impulso, avanza hacia el examen y el análisis de los valores inscritos en esta escala de valores, y consecuencia de este análisis es, según Nietzsche, que: la actual Escala de valores es la única causa del Nihilismo que se observa hoy en Europa.

En realidad, estos valores, que son válidos ahora y son capaces de regular la vida, tras un análisis detallado, terminan necesaria y fatalmente en el nihilismo: el hombre actual, basándose en la escala en vigor, cree en la existencia de Dios, en la dirección hacia un determinado objetivo del hombre y del universo; se considera a sí mismo el centro y el héroe trágico de la vida, una partícula valiosísima de la divina sustancia, un microcosmos, un ser intermedio entre Dios y la materia, predestinado a reinar sobre la naturaleza inanimada e irracional.

De pronto, bruscamente, rindiéndose a los avances de la Ciencia actual da un salto sorprendido: No existe ningún objetivo en el mundo, el desarrollo no sigue ningún

sistema, ciego y todopoderoso, da la vida y la muerte sin causa y sin objetivo. En vano intenta revivir a Dios 'que ha muerto' substituyéndolo ya sea por la conciencia y el "Imperativo categórico", ya sea por la 'Lógica' de la Revolución francesa, ya sea finalmente, por el culto a la humanidad, *Culte de l'Humanité* de Comte.

Todos estas tentativas se derrumban y el hombre actual se ve obligado a confesar que ni conoce ni es capaz de conocer nada, no sabe finalmente de dónde viene, a dónde va y qué debe perseguir y qué puede llevar a cabo. «El hombre, una especie de animal superinteligente, pero que, afortunadamente, muere pronto. La vida sobre la tierra, un momento, un episodio, una excepción inútil, algo insignificante para la determinación general de la vida. La misma tierra, así como todo el firmamento, una chispa que centellea en medio de dos noches sin final, un incidente sin razón, sin voluntad, sin conciencia, generado por una estúpida necesidad.»

Ante esta sorprendente percepción, que tanto se opone a lo que es predicado por la 'Escala de valores', el hombre es conducido fatalmente al desencanto y a la desesperación. Y rechaza con indignación e ironía cada una de las soluciones que se le presentan como consuelo, negando sucesivamente a Dios, a su deber y su fe en el Progreso y en la Mejora y a su instinto social que lo empuja hacia la bondad y el amor de sus semejantes y, finalmente, en los años últimos también convencimiento en la Ciencia, última solución, desconsuelo que descubrió y que le ofreció el instinto vital. Y, junto con Hartmann y Schopenhauer, enseña a estos jóvenes proclives al suicidio que la vida ha descubierto por fin su vanalidad y su inutilidad y quiere ser aniquilada.

De este modo, el hombre actual, criado y embaucado por las falsas promesas del decálogo actual, y descubriendo de pronto en los avances de la Ciencia actual lo que su lógica le empuja necesariamente a aceptar como verdadero, ve erguirse ante sí el terrible dilema: o tiene que destruir lo que ahora está en vigor en la Escala de Valores, o tiene que destruirse él mismo. No cabe una tercera posibilidad. Realmente, o la Escala de los valores según el cual el hombre cree y ama un mundo completamente diferente al real (un mundo con un Dios, un objetivo etc.) es verdadero, y entonces necesariamente conduce a la negación de la vida real y a su anulación, o esa escala es errónea, falsa, y entonces el castigo que hemos merecido teniéndola como base es falso y engañoso según la vida real, y es necesario imperativamente que destruyamos esta escala y levantemos otra armonizada con la realidad y con la verdad descubierta científicamente.

De esta manera, el Nihilismo coloca ante nosotros dos soluciones completamente opuestas y conduce a dos cosas absolutamente opuestas:

a) A la destrucción y autoeliminación de la vida.

b) A la destrucción sólo de la Escala de valores que está ahora en vigor y a una aceptación heroica y jovial de la vida.

Y llegamos así a la distinción básica de la general situación de descontento actual.

1) Al Nihilismo pesimista.

2) Al Nihilismo optimista y dionisiaco.

Según éstos, el Nihilismo pesimista es debilidad y decadencia; esta decadencia no es un fenómeno anómalo sino natural, consecuencia normal del desarrollo. Y los socialistas son unos demagogos impostores o unos visionarios frívolos cuando afirman, basándose en la gradación de los valores existente, que encontrarán un arreglo social, según el cual desaparecerán el infortunio, el hambre, la miseria; es como si publicaran una ley decretando que la sociedad se conservará siempre joven sin ser influida en absoluto por el tiempo y por la evolución. «Ni la enfermedad ni la vejez ni la miseria dependen de nuestra voluntad». El engaño de la sociedad actual, que espera en el renacimiento, reside en el considerar como *causas* de la decadencia los síntomas, que no

son sino *consecuencias* de ella. La delincuencia, el alcoholismo, el celibato, la histeria, la desmoralización, la abulia, todos estos síntomas no son hijos de la decadencia sino sus generadores. Por tanto, es absurda y cómica la lucha contra las leyes naturales. Una de dos:

a) O aquél que se encuentra ante las ruinas espirituales del mundo actual, el que ve ante sí muertas de pronto las esperanzas que le prometía la Religión, la Sociedad, la Ética, todo la Escala que recibió desde el día en que nació, se tambalea y cae impotente ya, sin tales apoyos para soportar el peso de una vida tal, sin Dios y sin objetivo, y entonces, este “nihilista pesimista” tiene que desaparecer lo más pronto posible para no convertir la tierra en un inmenso manicomio junto con otros iguales a él .

b) O, antes exactamente de estas ruinas, el hombre se quedará quieto un poco y después avanza con fuerza, feliz porque se ha librado del peso de las esperanzas engañosas y de las promesas falsas y da él mismo un objetivo y una dirección a la vida puesto que ésta, por sí misma, no la tiene.

Y así, según Nietzsche, el actual nihilismo en Europa es un remedio radical del mayor efecto dado a los enfermos pesimistas, y que a unos ofrece la muerte y a otros la vida. Ante este dilema, ¿cuál es el fin de la filosofía y, sobre todo, de la filosofía del Derecho y del Estado? Nietzsche establece como objetivo de ésta la formación de los conceptos y de las instituciones que regulan las relaciones de los hombres de un modo tendente al triunfo del nihilismo dionisiaco, y a una alegre y valiente aceptación de la vida sin falsas esperanzas. Para el cumplimiento de este su gran fin, el filósofo tiene ante sí una doble forma de trabajo y misión:

1) NEGATIVA

Debe reconsiderar uno a uno todos los valores del decálogo actual, analizarlos con sinceridad y valor, y expulsarlos como nefastos para la vida. Entonces, al conocer la enseñanza de Nietzsche en toda su profundidad, haremos desaparecer muchas contradicciones que muchos encuentran en su obra, y podemos señalar que Nietzsche no dice que los valores tienen que ser destruidos porque no son verdaderos, sino porque no convergen hacia la conservación y la tendencia de la vida. En sus obras Nietzsche aparece dudando en principio, pero después sostiene con la mayor fuerza la siguiente hipótesis: ¿No será que la verdad es dañosa algunas veces para el desarrollo de la vida, y en consecuencia ha de ser rechazada? Cualquiera y cuan grande sea el valor que le debemos conceder a la verdad y al desprecio del dinero, quizá tenemos que reconocer que la apariencia, el engaño, el egoísmo, el deseo, son un valor mayor y más útil para la intensidad de la vida. «La falsedad de un pensamiento no es para nosotros justificación suficiente como para rechazar este pensamiento. La cuestión debe ser planteada de otra forma: en qué medida ayuda o no ayuda a la vida: Y probablemente encontremos entonces que los silogismos más engañosos son, a la vez, los más valiosos para la conservación de la vida».

Analizando desde este ángulo óptico la escala de valores de la humanidad actual encontramos que ésta es obra de los débiles y decadentes los cuales lo han utilizado para sostenerse en la vida. Y en otro tiempo fue verdaderamente útil porque su falsedad, al no ser evidente, era útil al servicio de la tensión de la vida; pero ahora, débil e inútil, porque su falsedad, no engañando ya a los hombres, ha perdido toda su fuerza, nadie se apoya ya en ella y cada día se muestra más peligrosa, llevando al escepticismo y a la duda, y después al desencanto y al pesimismo. Es deber del filósofo anular de una vez

para siempre esta escala inservible y funesta, y mostrar que la vida, tal como se muestra ante el que cree respetuosamente en Dios, ante el honrado que cree en el deber y en la virtud, ante el filósofo que busca el “ὄντως ὄν” más allá y detrás del fluir de las cosas y detrás de los fenómenos —esta vida no es más que la obra de organismos débiles y de una vitalidad en decadencia.

Pero el filósofo no debe detenerse en este trabajo insulso de la destrucción y la negación. Su misión es:

2) POSITIVA

Tiene que recorrer por completo el nihilismo, y, echando abajo todos los valores que ahora están en uso, levantar otros con la fuerza de los cuales la vida y este mundo no sólo se justifiquen sino que sean también queridos y valiosos. La vida tiene que ser aceptada con entusiasmo, toda la vida, sus fealdades igual que sus bellezas, lo malo igual que lo bueno, lo ético igual que la falta de ética — basta con que estas antinomias hagan la vida más intensa y más armónica y que lleven al hombre a un nivel cada vez más elevado. Objetivo a plantearse: la permanente y eterna inclinación del hombre hacia la realización de un tipo nuevo más alto y más fuerte, al cual tiene que considerar a su vez como un puente hacia otro tipo, más perfecto, y así continua y eternamente — puesto que lo elevado no puede tener restricción ni limitación. Y así, de acuerdo con este objetivo y esta previsión de la humanidad, tienen que regularse las relaciones de los hombres entre sí y con el Estado, así como sus obligaciones con ellos mismos—es decir, el Derecho Público y Privado y la Etica.

Ante este análisis general de la filosofía de Nietzsche, queda en evidencia su división en dos:

a) En negativa, según la cual Nietzsche anula la actual escala de valores, y b) en positiva, según la cual levanta otra escala con una nueva gradación de valores y un nuevo ideal de hombre, de Sociedad y de Estado. Al mismo tiempo, se explica así también el carácter dual de la obra de Nietzsche, por un aparte, la sátira, la ironía, la risa mefistofélica, el cinismo, la indignación, porque éste es el único tono que se adapta a una obra de destrucción y negación; por el otro, el lirismo, la inclinación profética, “el gran amor”, el entusiasmo dionisiaco y el gozo de los creadores.

Así, el desarrollo de nuestro estudio en su parte principal, en la cual entramos, se describe por sí mismo: Estudiaremos primeramente la parte negativa de la enseñanza de Nietzsche, en cuanto que atañe a la filosofía del Derecho y del Estado. Veremos cómo intenta Nietzsche demostrar que los valores del actual decálogo, los que atañen a la naturaleza y a la meta del Hombre, de la Familia, de la Sociedad, de la Ética, del Derecho y del Estado son formas de decadencia que conducen necesariamente al nihilismo y deben ser desechadas. Y, destruidas éstas, Nietzsche nos conduce naturalmente a la segunda parte de su enseñanza, la Positiva, en la que levanta la nueva escala ideal de los valores en el que se exponen las nuevas concepciones sobre el hombre y el mundo las cuales tienden ahora a la inclinación armónica de la vida, de la real, la que nos ha descubierto la ciencia actual.

Recapitulando:

Hemos visto la época y el ambiente en el que vivió Nietzsche, su carácter, la influencia que ejerció sobre él el romanticismo alemán, Schopenhauer y Wagner. Después, el descubrimiento del Mundo Griego. Rechazo de cuanto creía hasta entonces y su separación desgarradora de la religión, de Schopenhauer y de Wagner. Se vuelve

hacia el ideal helénico y, poniéndolo en comparación con la situación actual de la humanidad, descubre que la causa del derrumbe es la actual escala de valores, obra de los débiles y decadentes. Y establece su doble objetivo: la destrucción de esta escala y la instauración de otra que acepte heroicamente la vida y la realidad.

III

1. EL HOMBRE

A) EL HOMBRE EN SU ORIGEN

Antes de cualquier investigación del sistema social en el que el derecho y la conducta conducen al más importante de los funcionamientos, se impone la investigación y la comprensión del hombre, cuál es su origen, su naturaleza, su misión. En esto radica el problema del hombre y también el problema de la sociedad.⁶

¿Cómo entendió Nietzsche este problema y cómo lo solucionó?

Hasta el último momento los diferentes dogmas religiosos y los sistemas filosóficos dan a conocer al hombre como un ser privilegiado “con una naturaleza perfecta”, creada especialmente por el Creador y cuyo objetivo era mandar sobre todas las criaturas y preparar el alma inmortal que lleva en él para una eterna vida futura más allá de la tumba. Así el hombre, dominado por esperanzas engañosas, desfiguró la naturaleza y su objetivo de acuerdo con sus deseos, los cuales le empujaban a creer que el mundo tiende hacia un determinado objetivo y que el hombre, participando al mismo tiempo de la sustancia divina y terrenal, tiende también hacia un determinado objetivo.

Muy pronto las ciencias de la naturaleza echaron abajo estas esperanzas, mostrando que el hombre es una criatura de la tierra, sólo que en un grado más alto en la escala de la vida y que ‘todo fluye’ sin objetivo, sin voluntad, sin una fuerza que vigila y conduce...Y Nietzsche ve en este derrumbamiento de las esperanzas del hombre una gran fuente del actual Nihilismo pesimista. Realmente, hasta entonces el hombre se consideraba a sí mismo el centro del todo, la ‘sal’ del mundo, y de pronto, he aquí que se da cuenta ahora de que es un simple descendiente de los animales y que entre él y el resto de la naturaleza no existe ninguna diferencia de sustancia, sino sólo de gradación.

Si Nietzsche acepta la teoría de Darwin con respecto al origen del hombre, se opone frontalmente, sin embargo, a la teoría de aquél con respecto a la selección natural, a través de la cual se cumple el objetivo de la naturaleza, esto es, el perfeccionamiento de los organismos. Tal perfeccionamiento no existe. El mundo vegetal y animal en su conjunto no van desde una naturaleza más imperfecta hacia la más perfecta: todas se producen al mismo tiempo, más o menos, sin un sistema, sin un programa, sin un objetivo. Aún más: las formas más ricas y más complicadas desaparecen más fácilmente; sólo las más inferiores e imperfectas conservan superficialmente su carácter indestructible. Las primeras se realizan más raramente y se conservan más difícilmente, las segundas son más fecundas y son dominantes. Exactamente esta falta de objetivo y esta superioridad de los tipos medianos y de manada se observa también en el desarrollo histórico del hombre.

⁶ N. Kazazi, *Filosofía del Derecho y del Estado*, II, 28.

B) DESARROLLO HISTÓRICO DEL HOMBRE

La humanidad no constituye un conjunto sistemático y armónico. Es una indisoluble variedad de fenómenos vivos subiendo y bajando –ni siquiera tiene juventud, ni edad adulta, ni vejez. Al contrario, los estratos de los hombres se desarrollan de un modo revuelto, y mezclado el uno sobre el otro, y después de muchos miles de años, probablemente existan hombres “más jóvenes” que los actuales. Además, la vejez y la decadencia pertenecen a todas las épocas de la historia.

Y concluye Nietzsche que la humanidad no presenta en su desarrollo, como raza, ningún progreso sistemático: su nivel no se eleva en absoluto. Es verdad que algunas veces aparecen en la humanidad, igual que en el restante mundo vegetal y animal, tipos superiores, pero éstos, incapaces para la vida, no se mantienen mucho tiempo. Están expuestos a todo tipo de ataque exterior, de destrucción interior: ocupan los extremos, lo cual es ya una forma de decadencia. La belleza momentánea, la genialidad estéril y sin descendencia, César. La genialidad es más bien un mecanismo delicado y, exactamente por eso, es más bien frágil y poco duradero.

Y Nietzsche intenta explicar este fenómeno universal por medio del fundamento básico de su sistema: por medio de la *Voluntad de poder* (*Wille zur Macht*). Es, dice, consecuencia de que en la lucha de la vida las excepciones se destruirán en beneficio de una norma: los apartados de ella, y de ahí fuertes y perfectos, son los más débiles porque frente a ellos tienen los instintos organizados del grupo, la fuerza de los normales y de los medianos firmemente sistematizada y perfectamente adaptada al entorno. Y, si quisiéramos sintetizar la realidad en una determinada ley ética lo expresaríamos del siguiente modo: *La forma intermedia tiene más valor que la superior a ella y la inferior a ella más que la intermedia.*

La naturaleza es una madrastra dura con los que son superiores. El deseo de igualdad y de anulación se protege más que el deseo de la vida, y esta ley la expresaron Buda, Cristo, Schopenhauer Hartmann proclamando: “¡Es mejor no vivir que vivir!” Y Nietzsche proclama alterado: “Repudio este tipo de fijación de las cosas para la anulación de una norma ética; y por eso odio a muerte al Cristianismo, porque ha conseguido crear palabras y comportamientos extraordinarios para envolver una realidad temible con el manto de la virtud, de la justicia y de la Divinidad”.

Sin embargo, a pesar de esta repulsa, la firme sinceridad de Nietzsche no le permite evasiones ni ocultaciones. Y confiesa que, después de una larga y seria investigación, comprendió que hay una única ley que rige no sólo a las plantas y a los animales sino también al hombre: *El deseo de poder*. Todas nuestras acciones, deseos, pensamientos, son gobernados por los instintos, todos los cuales se concentran y tienen como raíz un primer instinto básico, fuente de manifestación vital; y sobre la ley darwiniana de “Lucha por la existencia” (*Struggle for life*) prevalece esta ley de la dominación, enraizada profundamente en la naturaleza que tiende a manifestarse y a triunfar incluso muchas veces con peligro de destrucción de la vida, como ofrece ejemplos muchas veces la Historia y también el veraz y luminoso análisis del hombre. Todas nuestras manifestaciones e inclinaciones están absolutamente dominadas por instinto; nuestras tendencias hacia la verdad, hacia el arte, hacia el progreso, no son sino manifestaciones de este instinto de dominio. Por ejemplo, el ansia de encontrar la verdad no se desarrolló en un principio sino por causa de la utilidad que proporciona el conocimiento de la verdad y a causa de las ventajas que la superioridad proporciona al que las posee frente a los que la desconocen.

Y sólo mucho más tarde, la búsqueda de la verdad como parte inseparable de la vida intelectual, empujó al hombre a buscar la verdad desinteresadamente. De este modo se explica, además, el nacimiento de la Ética, del Derecho, de la Estética. Al principio se buscaban por la utilidad y la superioridad, y después, establecidas como necesidades psíquicas, fueron buscadas por ellas mismas, independientemente de las ventajas que provenían de ellas. En verdad, estas ideas de Nietzsche fueron tomadas de la enseñanza de Spencer. Pero, mientras que Spencer considera que el hombre, a causa de su adaptación al entorno, tiende siempre a la verdad, la felicidad, el altruismo, Nietzsche piensa, al contrario, que en el hombre este deseo de dominio que constituye la vida, puede tener como meta de la existencia y del desarrollo no sólo la felicidad, sino también el dolor, los deseos buenos y también los malvados, la verdad y también la falsedad, el egoísmo y, al mismo tiempo, el altruismo. Y así, Nietzsche presenta ante nosotros la evolución histórica del hombre, interesante y apocalíptica hasta el extremo.

Por una curiosa deformación de sus distintos instintos el hombre logró objetivar las satisfacciones de estos instintos y a adorarlas como entidades específicas, como ideales que estaban fuera y por encima de él. Olvidó que él mismo había creado estos ideales para satisfacer sus necesidades. En lugar de decir: “Vivo para satisfacer los instintos ideales de la vida, y por eso voy a aspirar a lo bueno, lo bello, lo verdadero, sólo en tanto en cuanto sirven para esta satisfacción”, dice: “Tengo que aspirar a lo Bello, lo Bueno, lo Verdadero, no porque me son útiles –esto es una blasfemia– sino porque es bueno, bello, verdadero”. Aún más: “Mi vida no es sino el medio, un instrumento para la realización de estos ideales.” Así, poco a poco, bajo la nefasta influencia de filósofos y fundadores de religiones, en los cuales el instinto de la vida se había atrofiado por la hipertrofia del instinto ético o investigador, la verdadera sustancia del hombre fue deformada, su evolución histórica tomó otro camino y la vida se dirigió a un segundo destino y lo que hasta entonces, había sido encontrado y utilizado como medio, fue transformado y exaltado como meta.

C) NATURALEZA DEL HOMBRE

a) ALMA

A la acción deformadora de las enseñanzas religiosas y filosóficas, se debe también, según Nietzsche, la fijación de la teoría sobre el alma en tiempos relativamente recientes como separadora del vacío insuperable entre la naturaleza inanimada y la naturaleza animada. Al principio, realmente el hombre no sólo asignó un alma a sí mismo sino a toda la naturaleza, personificando y dotando de alma a los árboles, los animales, las grandes piedras, los rayos y los restantes fenómenos naturales, atribuyéndoles características humanas, bondad, dureza, generosidad, compasión, venganza etc. De este modo, el alma estaba dispersa por todos los sitios, era el lazo de unión entre el hombre y el resto de la naturaleza.

Posteriormente, los fundadores de religiones y los filósofos, entre los cuales, como hemos dicho, el instinto de la vida se había atrofiado a causa de la hipertrofia de otros instintos, obligando al hombre a despreciar la vida real y seguir sus teorías, las que establece otra vida como centro y meta, elevaron al hombre intencionadamente, considerando el alma privilegio sólo de él, y de este modo, lograron dos cosas: por un lado, separaron al hombre de la otra naturaleza, la “inanimada”, por otro, delimitaron la parte con la que será recompensado en el otro mundo eterno, si sigue sus mandatos, o será castigado si se aparta de ellos.

Este concepto, según Nietzsche, es nefasto para la vida de la realidad. Felizmente, después de las nuevas investigaciones y descubrimientos de la Ciencia, la idea sobre el alma y la inmortalidad del hombre decae, y comienza un nuevo periodo, valiente y extraordinario, para los que pueden hacer frente y sobrevivir después de la destrucción de tal privilegio. Y Nietzsche exclama triunfalmente saludando este nuevo periodo: “Una de las conquistas más beneficiosas del espíritu humano es la negación de la existencia de un alma inmortal. Ahora la humanidad tiene el derecho de esperar, no tiene ya necesidad de apresurarse y aceptar ideas revisadas continuamente, como tenía que hacer en otro tiempo en su preocupación por ella. Porque entonces la salvación del alma inmortal dependía de las convicciones del hombre en el breve espacio de la vida terrenal, en donde tenía que tomar una decisión lo más deprisa posible; ¡el conocimiento tenía una importancia terrible! Y he aquí que, por fin, hemos adquirido el valor de engañarnos, de probar, de aceptar ideas provisionales, de tender siempre a otras más altas, a avanzar; y así personas y generaciones enteras tienen, por fin, el derecho a emprender obras fantásticas que en otro tiempo parecerían un desprecio y una impiedad hacia el Cielo y la Tierra”.

Sin embargo, en esto no puede negar Nietzsche –y ahí vemos de nuevo triunfante su sinceridad– no puede negar que la propia fe en la existencia de un alma amplió tremendamente el mundo interior del hombre. Este mundo se hizo más profundo, más amplio desde el momento en que el flujo de los sentimientos del hombre hacia al exterior estaba contenido. El instinto de la independencia y de una ilimitada libertad, al no poder exteriorizarse, al estar impedido por los obstáculos sociales, se volvió contra su propio dueño. La venganza, la dureza, la necesidad provocada por la derrota y la persecución, todas esas cosas se dirigieron contra el que tenía esos instintos, y así nació la “conciencia alterada” Del mismo modo, los animales salvajes, cuando los encierran en una jaula, muerden las barras de hierro y sufren irremediamente por la nostalgia de la libertad de las selvas.

Y se introdujo desde entonces la mayor y más extraña de las debilidades, de la cual no se ha librado el hombre todavía: una brusca separación del pasado animal, un salto hacia nuevas condiciones de vida, una declaración de guerra contra los antiguos instintos que constituían hasta este momento la fuerza y el carácter temible en el hombre. Por otro lado, esta alma que había sido descubierta ofreció al mundo un elemento tan nuevo y profundo e increíblemente enigmático, y tan lleno de contradicciones y esperanzas, que verdaderamente cambió la apariencia de la tierra. Y desde entonces el hombre provoca en su pensamiento la preocupación, la espera angustiada, la esperanza sin límites.

De este modo, bajo esta visión, la introducción de la idea del alma en el mundo, que ha sido examinada, se presenta como un hecho de una importancia suprema y de insospechadas consecuencias. No porque el alma, ella misma, exista, sino porque se logró después de muchos siglos que su existencia sea creíble, que cree necesidades desconocidas hasta entonces y que amplíe la tendencia del yo del hombre y su Deseo de dominio más allá de este mundo, más allá de la vida y más allá del tiempo. Y la propia idea del alma se hizo tan inseparable de nuestras manifestaciones espirituales y animales que influyó profundamente en la Ética, en el Derecho y en el Estado, y en cualquier manifestación humana.

b) *LIBRE ALBEDRÍO*

De este modo, Nietzsche rechazó violentísimamente la idea de la existencia del alma, sin dejar de ver en modo alguno las innumerables consecuencias de esta idea. Después

de esta violencia, rechaza también la otra base importante del decálogo actual, el Libre Albedrío.

Según Nietzsche, no existe albedrío, ni libre ni no libre. Sólo existen deseos débiles cuyos resultados no son dignos de mención. Juicios por ejemplo como: “la luz ilumina” o “el fuerte triunfa sobre el no fuerte” no son más que tautologías; la luz no es libre de iluminar o de no iluminar; no es luz sino en cuanto que da luz; así también, la fuerza que se manifiesta en las acciones del fuerte no es algo que exista por sí misma, independientemente de su manifestación; existe sólo en la manifestación y en cuanto que se manifiesta, no existe antes de tal modo le asignemos un deseo, libre o no, y se manifieste violenta o inocentemente. Sin embargo, la conciencia popular, que no es capaz de profundizar, separó automáticamente el deseo y sus manifestaciones. Tras los resultados visibles del deseo fuerte, tras las acciones, creó un ser, una fuerza que llamó “libre albedrío” y a ella le asignó la característica de poder manifestarse libremente así o de otro modo.

Este concepto de libre albedrío es una creación de los pobres y decadentes los cuales consiguen así, no sólo ser iguales a ellos mismos sino también a los que son superiores a ellos. Puesto que, en realidad el valor de un hombre no radica en cuánto poder posee, sino en el uso que hace de ese poder, entonces el que lo usa débil o inocentemente—impotentemente— es superior al que no puede refrenar su deseo y se manifiesta con dureza y violentamente. Pero, además, esta teoría del libre albedrío era también fácilmente abrazada por los fuertes; porque puede ser apropiada también como muestra del orgullo del hombre que acepta íntegra y completamente la responsabilidad de sus actos, buenos o malos, sean cuales sean, y que así es independiente de toda determinación superior que ordene el modo de sus actos.

Tal concepción del tema es profundamente antirreligioso; y habían comprendido perfectamente la esencia de la religión y del cristianismo los que confesaban con Agustín, por boca de Lutero: “*sunt abnegatores Christi dum asserunt liberum arbitrium*”. Todas nuestras acciones dependen, según ellos, de arriba y se inclinan débiles bajo el peso de la divina gracia. Entre esas dos concepciones fluctuaba la humanidad hasta hoy. Hoy las investigaciones sobre la herencia, las influencias del entorno físico y social, el profundo análisis de la máquina interior del hombre, permiten radicalmente la teoría sobre el libre albedrío, única base para la actual escala de valores. “Vienes a este mundo”, dice Nietzsche (“*Voluntad de poder, Βούλησις Επικρατήσεως*”, I, p. 231), nacido de unos padres que han dilapidado las acciones éticas que había colocado en ellos la raza. Eres irrecuperable —es decir, apto para la cárcel o para el manicomio. La degeneración ética es consecuencia de la degeneración natural. Irremediablemente uno nace fuerte como nace débil. La maldad no es causa, es consecuencia. La Necesidad se cierne todopoderosa sobre el destino de los hombres. Y a esta Necesidad la llamamos habitualmente “libre albedrío”. A uno esta Necesidad se le impone tomando el rostro de su deseo, a otro el rostro de la ética y de la resignación porque su organismo está así formado para que no sea torturado por las pasiones fuertes sino que acepte fácilmente las limitaciones de la ética, a otro la Necesidad toma el rostro de la lógica y de la investigación científica y el cuarto de la rareza y el de la superficialidad.

Pero los cuatro buscan su libre albedrío exactamente allí donde cada uno está ligado, independientemente por completo de su deseo. Es como si asegurasen que el libre albedrío del gusano de seda es tejer su capullo o que el libre albedrío del fuego es quemar. Profundizando aún más en este plano psicológico, podemos encontrar la fuente primera que produjo inconscientemente la idea del libre albedrío que después, como

hemos visto, utilizaron y abrazaron los débiles como consuelo y los fuertes como orgullo. El error del libre albedrío procede del hecho de que cada uno se considera a sí mismo más libre allí donde su instinto es más fuerte y, consecuentemente, su satisfacción es más agradable y gratificante. Este instinto puede ser unas veces pasión, otras el deber o la búsqueda de la verdad o la rareza o la superficialidad.

Tomando así este error como su comienzo, y siendo ella misma, como el error sobre el alma, necesidad de la sumisión espiritual del hombre, ejerció una profunda influencia, como era de esperar, en las leyes de la sociedad, puesto que toda la Ética y el Derecho se basan en ella. Y así, mientras que en los tiempos prehistóricos juzgaban el valor de las acciones por sus resultados durante diez mil años, después juzgan el valor de las acciones por su principio engendrador. Este mayor cambio de concepción fue rectificado después de largos años de discusiones y de amplias dudas. Desgraciadamente, identifican y mezclan el principio generador con el deseo. El deseo, según convicción predominante, de ahí el principio generador de las acciones. Y apenas hoy comenzamos a sospechar que exactamente todo lo que se esconde detrás del deseo, secreta e independientemente de nuestra voluntad, es el elemento más importante tal como juzgamos rectamente sobre la inocuidad de una acción. El deseo no es sino un síntoma con necesidad de explicación, producido por factores desconocidos. Por eso, también la ética actual es injusta y falaz, pues se fundamenta en bases erróneas, juzgando las acciones según la certeza, que es imposible conocer.

Y ahora, cuando ha llegado a ser más exacto en cuanto es más comprensible el mecanismo de las acciones, y comenzamos a entrever, aunque borrosamente aún, los resortes que mueven nuestras acciones, es obligación de las conciencias, las más iluminadas y sinceras, comenzar a predicar y a construir una nueva ética, más allá de la ética actual, sobre bases nuevas, más verdaderas y elevadas. Pero, a pesar de todo, al margen de todas estas construcciones de una nueva Ética, la propia certeza descubierta por la Ciencia actual sobre el último objetivo del hombre, como la causa y la naturaleza de sus actos, es la más dura prueba para el sabio, el cual busca en la responsabilidad de las obras los títulos de nobleza y dignidad del hombre.

Durísima prueba, porque todos sus juicios, las preferencias, las antipatías dominan inmediatamente cualquier valor e importancia. Los sagrados entusiasmos por los mártires y los héroes estaban, pues, basados en el engaño. Ya no se justifica ni el alabar ni condenar porque es extraño y cómico alabar o condenar las leyes naturales y la Necesidad. La misma postura, fría y objetiva, que se mantiene a través de las manifestaciones de una planta, la misma es preciso que se mantenga a través de sus propias manifestaciones y las de sus semejantes. Puede aún admirar en ellas la fuerza, el impulso, pero no el valor ético también. Toda necesidad llama a la nueva sabiduría. Toda inocencia. Y la sabiduría es el único camino que conduce al concepto de tal Necesidad e Inocencia universal.

De este modo, los tres valores más importantes que registra el decálogo actual desembocan en la investigación de los tres temas siguientes:

- a) la existencia de un objetivo en la naturaleza y en el hombre.
- b) la existencia de un alma inmortal,
- c) la existencia de libre albedrío.

Aquél que se sostiene por estas frágiles y falaces promesas de la actual escala de valores ¿cómo es posible que no caiga en el pesimismo y el nihilismo? ¿Cómo es posible que no se levante terrible ante él el dilema que Nietzsche establece en el principio del hombre actual, es decir, o que él se destruya, o que destruya la escala actual de valores?

D) SOBRE LA IGUALDAD DE LOS HOMBRES

He aquí, en opinión de Nietzsche, otro de los valores del actual decálogo que induce al hombre inevitable y fatalmente al nihilismo, y que es preciso eliminar implacablemente del nuevo decálogo de la vida.

Según Nietzsche no existe veneno más venenoso que el principio de la igualdad de los hombres. Odia a Darwin y a Spencer porque nos dicen y nos ordenan: “Someteos, oponeos a la influencia externa, desapareced en bien del entorno, sed absorbidos por la totalidad, sed igualados”. De esta lucha extrajeron la lucha por la existencia, mientras que se trata de la lucha por la preponderancia, la cual procede de la ley natural de la desigualdad, la que empuja a todo organismo a superar al otro. La lucha no es simplemente cómo se vive, cómo se vegeta, sino cómo vivir mejor, más desahogadamente, con la mayor intensidad posible. El verdadero ideal, también en la sociedad de los hombres, no es la democracia sino la aristocracia; más aún: la monarquía y la tiranía. En la naturaleza, unos son esclavos a los que también les corresponde y es justo el trabajar, y otros son libres. Nietzsche, haciendo suyo el aforismo de Aristóteles, construye sobre él, como veremos en este capítulo, todo su sistema filosófico sobre Derecho, Ética y Estado.

En ningún lugar de la naturaleza se observa igualdad; éste es un sofisma del inferior para engañar y marginar a los aristócratas. Fue descubierto por la Religión y por la Ética; fue predicado por utopistas y demagogos, fue reforzado por el sufragio universal, y hoy amenaza con hacer desaparecer la cultura y la superioridad por los pregoneros del socialismo. “No me mezcles con estos pregoneros, dice, porque a mí la justicia me obliga a decir: ‘Los hombres no son iguales’”. Todos no tienen –puesto que son diferentes– ni los mismos derechos, ni las mismas obligaciones. La desigual concesión de derechos y obligaciones a los seres desiguales, he ahí, según Nietzsche, la más alta Justicia.

Hoy, al contrario, las medianías, las masas, los animales en manada se apiñan, se amontonan contra cualquier excepción superior y la marginan. La igualdad en la injusticia, es decir, en la lucha general contra todo lo extraño y privilegiado. Por otro lado, el instinto de la masa no se equivoca, intenta ahogar cualquier superioridad; instintivamente siente que los grandes hombres son peligrosos, dañinas creaciones de la suerte, en cuanto que tienen el poder de reconsiderar y cambiar lo que durante una gran serie de siglos han construido generaciones de medianías. Y así, en esta innoble idea democrática, en la conclusión surgida de la idea de igualdad, el ideal del hombre noble es apartarse de la manada, aislarse, ocultarse, vivir más allá del bien y del mal.

El empequeñecimiento y la igualación de los hombres hoy día esconde el mayor peligro; este espectáculo fatiga el alma. Hoy nada es preeminente, todas las cosas se empequeñecen, decrecen, se hacen inocuas, pusilánimemente prudentes, medianas, sin interés. Hemos dejado de temer al hombre, hemos dejado al mismo tiempo, de amar y de tener esperanza en él. La contemplación del hombre cansa y decepciona. ¿Qué otra cosa es esto, sino nihilismo, y de qué otro sitio procede si no es de ese cuarto valor demostrado engañoso, de la actual “Escala de valores”?

2. LA FAMILIA: NATURALEZA DEL HOMBRE Y DE LA MUJER. EL MATRIMONIO

Hasta aquí hemos visto que el hombre, como individuo, como unidad, ha sido deformado por la actual escala de valores, atribuyéndole cualidades de las que carece y que, necesariamente, el hombre es conducido a la desesperanza y al nihilismo a causa de

la ciencia ahora descubierta, y de la proclamación de estas mentiras. Pero no sólo es deformado como individuo, nutrido con esas mentiras, sino también como factor social más amplio, en la esfera directamente más extensa que la del individuo, la que constituye la primera sociedad, la familia.

Realmente, si examinamos cuál es la verdadera naturaleza del hombre y de la mujer y cuál es el destino del matrimonio, y, si comparamos las ideas de la igualdad y de la emancipación que propone y refuerza el espíritu democrático del decálogo actual, inmediatamente diagnosticaremos también en la familia los gérmenes de la decadencia y del pesimismo que encontramos en el individuo.

¿Cuál es la verdadera naturaleza de un hombre y de una mujer? Nietzsche considera una ley física la desigualdad de hombre y mujer, que proviene de la diferente constitución fisiológica y espiritual: para el hombre, el instinto más fuerte es el deseo de dominio y preponderancia, la necesidad de imponer el yo mismo cuanto más ampliamente a su alrededor. Su objetivo, luchar contra las fuerzas naturales y las voluntades contrarias a él. El amor no es sino un simple episodio en su vida; si dedicara toda su vida a la mujer, sería pusilánime y degenerado indigno del nombre de hombre. En la mujer, por el contrario, el amor adquiere la mayor importancia, y llena toda su vida destruyéndola o mejorándola. Para la mujer, el esposo y el hijo es el objetivo y, a la vez, la incesante ocupación y felicidad. “Todo es un enigma en la mujer. Solución del enigma, el embarazo”. El hombre es para la mujer el medio cuyo objetivo es el hijo. Pero, ¿Qué es la mujer para el hombre?

“El verdadero hombre”, dice Nietzsche, “desea dos cosas: el peligro y el juego. He ahí por qué desea a la mujer, el juego más peligroso. El hombre tiene que ejercitarse para la guerra, la mujer, para el descanso del guerrero, todo lo demás, insensateces. La felicidad del hombre dice: “quiero”, la de la mujer “él quiere”. Tal es la naturaleza del hombre y de la mujer. Y ¿qué es lo que observamos hoy? El espíritu de la igualdad y de la nivelación ha penetrado en el pudoroso refugio de la casa, y la mujer, desquiciada por los plebeyos ideales de hoy, busca su libertad y su emancipación. Y ahora tenemos los horribles tipos de mujer calculadora y mercantil.

“La mujer calculadora es uno de los más tristes males de la sociedad actual. La mujer tiene razones para ocultarse; tan superficial, pedante, soberbia, mezquina e indecorosa que es. Hasta ahora, el miedo al hombre, la obligaba a contenerse. ¡Ay de nosotros si las mujeres olvidan el precioso arte de hacer desaparecer las preocupaciones, si desperdician la capacidad de hacer más llevadera la vida con su gracia. ¿Qué interés tiene para la mujer la verdad, que es por naturaleza tan extremadamente antipática para ella? Su gran arte, con el que ha sido donada por la naturaleza, es la mentira, y esto es exactamente lo que amamos en la mujer”

Después de esta acritud e inclemencia, Nietzsche ataca también a la mujer que desciende a la lucha económica con el hombre. “La mujer”, proclama, “está degenerando. Por todos lados donde el espíritu industrial supera al aristocrático o al militar, la mujer tiende a la independencia económica y jurídica de un agente comercial”. La mujer “agente comercial” es lo que ocurre en la sociedad actual. Pero, mientras logra así una nueva prerrogativa y una nueva libertad, enarbolando la bandera del progreso, retrocede entre tanto, sin embargo. Desde la Revolución francesa, la influencia de la mujer ha disminuido análogamente con lo que han aumentado sus valores y sus derechos. Y la emancipación de la mujer constituye así un síntoma muy serio de distorsión y disminución de los instintos más femeninos. El que la mujer descuide el ejercicio de sus verdaderas armas, el que trastoque con tal locura la idea que hasta entonces tenía el hombre sobre la mujer como un ser débil, necesitado de

cuidados, de calor, de ternura, que ocultaba algo ideal, secreto y completamente diferente del hombre, el que quiera arrojar lejos el “no conozco nada femenino eterno” lo único que hace a la mujer tan digna de adoración — ¡qué otra cosa significa todo esto sino una profunda distorsión del instinto general?

Y Nietzsche se subleva contra aquellos filósofos que ayudan a esta clase de mujeres hacia una emancipación económica y social. “Necios filósofos y destructores de las mujeres que quieren convertirlas en ateas y calculadoras, es decir, en seres desagradables y ridículos al máximo. Olvidan que lo que, sobre todo, inspira respeto, y algunas veces miedo, hacia la mujer es su naturaleza taimada e inestable, las garras del tigre bajo manos de terciopelo, el ingenuo egoísmo, la indomable y rebelde idiosincrasia, la extraña y repentina oscilación de sus pasiones y de sus virtudes. Y le piden que rechace todas estas peligrosas y atractivas armas y baje a la palestra de la vida sin secreto poético, sin brillo, desarmada”.

De lo anteriormente expuesto, resulta evidente cuál es el elevado destino que Nietzsche asigna al matrimonio. Éste es el único medio que debe perseguir el hombre para superar siempre a sí mismo. El hijo concentra sobre su cabeza todas las esperanzas del linaje. Palabras poéticas llenas de sagrado entusiasmo suben a la boca de Nietzsche cuantas veces habla sobre el matrimonio y su excepcional destino: “Quiero plantearte una pregunta, hermano, una pregunta que lanzo a tu alma como un dardo examinador para ver su fondo. Eres joven, quieres esposa e hijos. Pero yo te pregunto: ¿Eres digno de desear esperar un hijo? ¿Eres vencedor, dueño de ti mismo, dueño de tus sentimientos y de tus virtudes? Eso es lo que te pregunto, o ¿acaso deseas y tu deseo no es sino el grito del animal y de la necesidad, y el miedo a la soledad? Quiero que tu victoria y tu libertad tienda a perpetuarte a través del hijo. Así, a través de él, elevarás un monumento tu victoria y a tu liberación. Lo elevarás por encima de tu altura. No debes impulsar tu raza sólo hacia delante, sino también hacia arriba. Y, además de esto, ha de ser tratado el jardín del Himeneo. ¿Sed de creación? Dardo lanzado hacia lo alto, impulso de aspiración hacia el Superhombre, dime, hermano, ¿es en esto en lo que quieres que consista tu matrimonio? “¡Proclamo sagrada esta voluntad y tal matrimonio!”

Raramente una filosofía o una religión ha sido expresada con tanto entusiasmo y respeto al matrimonio. Nietzsche, el implacable anárquico e individualista, no permite aquí ninguna infracción de la ley sagrada. Por eso también resulta más inclemente contra las ideas superficiales que, apoyadas en la perfecta igualdad de los dos géneros, intentan sacudir lo sacrosanto del himeneo y transformarlo en una simple satisfacción de una necesidad vulgar o en un contrato de una relación mercantil. “Eso que el mundo llama ‘Himeneo’ ¡ay cómo nombrarlo! ¡Qué pobreza espiritual en estas uniones, qué inmundicia espiritual! ¡Qué desdichada debilidad! ¡Y a esto le llaman matrimonio! ¡Y dicen que su matrimonio ha sido sellado en el cielo! Ah, pues entonces, ¡Lejos de mí este cielo de los hombres superficiales!”

3. EL ESTADO

Hasta aquí Nietzsche ha demostrado que el hombre, en el círculo más estrecho de su actividad, como individuo, y en el inmediatamente más amplio, como familia, es llevado inevitablemente al nihilismo, destruido por las opiniones del decálogo actual. Pero, ¿acaso es evidente que el hombre “universal”, el hombre en el más amplio círculo de su actividad, el Estado, está influido menos destructivamente por ese decálogo?

Veamos la naturaleza y el nacimiento del Estado.

Nietzsche, rechazando la gran verdad de Aristóteles de que “el que es insociable por naturaleza y no por la suerte, o fiera salvaje o Dios”, opina, al contrario, que la sociabilidad es algo al margen de la naturaleza porque restringe y ahoga por completo la libertad y la rica exteriorización del hombre. También por eso, los fuertes y sanos tienden a desintegrarse, y, si se unen en bloque, lo hacen para exteriorizar el instinto de dominación atacando a los débiles. Ciertamente así, su sana conciencia repele la actividad de lo público y recuperan el derecho de las aves rapaces con el objetivo de caer sobre las débiles, los cuales, por necesidad y por miedo de ser destruidos en lucha desigual, se agrupan como las ovejas en manada.

De este modo, tenemos dos colectividades unidas por la necesidad, la banda de los animales rubios rapaces y “el rebaño” de los débiles. Por eso, los primeros siglos de la humanidad destilan sangre. Una lucha salvaje se entabla entre las dos colectividades hasta que la segunda se somete a la primera. Ningún pacto; ¿Qué les importa a los fuertes los pactos si con un solo movimiento de su mano pueden coger lo que desean? El sometimiento de los débiles a los fuertes es una ley natural; la fuerza organiza y gobierna por medio de leyes establecidas por ella, la convivencia o comunidad creada por ella personificando así el Derecho que no es sino una de las manifestaciones de la fuerza.

Tal es el nacimiento del Estado; no tiene ninguna relación con la ética reconocida. Aún más: es la más alta realización de la inmoralidad humana y su reducción al sistema. Es el hombre apartado de cualquier tipo de miedo y de freno, y mostrando así su naturaleza desnuda, sin una máscara de ética ni compasión. Y vemos así al Estado llevando a cabo lo que el individuo no tiene fuerza para llevar a cabo. Lo que el individuo desea muy en su interior y no se atreve a exteriorizar por debilidad o por miedo a la responsabilidad, el Estado lo exterioriza porque es fuerte, y la responsabilidad desaparece repartida entre una multitud de hombres. Por eso es muy didáctico el estudio de las acciones del Estado— éstas nos indican lo que sería el hombre si se atreviera.

Se descubre así que el altruismo sólo se encuentra en los individuos, es ajeno y superficial, procede ya sea del miedo, de la impotencia o del cálculo. Sin embargo, los Estados en las relaciones entre ellos o en las relaciones con los individuos, puesto que puede exteriorizar la verdadera naturaleza del hombre, se muestran implacablemente egoístas y rígidos, persiguiendo, sin un delicado análisis de la ética de los medios, llegar al objetivo que siempre es uno y único: la satisfacción del instinto fundamental que mueve toda la vida individual y sintética: el instinto de dominación.

Para el Estado la virtud, la ética, la justicia no son sino medios para su afirmación y su ampliación. Tal es el Estado sano y reforzador de vida. Situación no sólo lógica y natural sino también justa. La prolongación, el dominio es necesario en todo organismo vivo. Éste es alterado por el instinto de incrementar su poder, y consecuentemente, absorber fuerzas externas a su alrededor. La ética concede al hombre el derecho a la defensa; por ésta razón era preciso que reconociera también en él el derecho de atacar. Este derecho es indispensable para el organismo sano y muy necesario para la sociedad; se necesita así, que ella tome fuerza, se arme, se perfeccione, sintiendo en todo momento el peligro más cerca de ella. “No es pequeña ventaja y felicidad insignificante sentir sobre la cabeza de uno la espada de Damocles”.

Y es indiferente, si este derecho de atacar será dado al individuo o al Estado que está labrando su crecimiento. El derecho al Castigo dio un vuelco a este nombre de “derecho” porque sólo con la posibilidad de la acción legal alcanzamos un derecho; y

esta acción legal no existe. Un pueblo pudo, con la misma lógica y método, llamar derecho al sentido que le empuja a la posesión y a la extensión, ya por medio de las armas, ya por el comercio o por la colonización. El derecho sería entonces también incremento de la vida porque el pueblo, rechazando por instinto la guerra y la extensión de su poder en paz o por la fuerza, es un pueblo en decadencia y atrofia en su vitalidad “maduro para la democracia y para la dirección de los tenderos”.

¿Qué otra cosa era, verdaderamente el Estado de los dos pueblos más nobles que crearon la cultura griega? ¿Qué otra cosa sino un organismo fuerte manejado con medios e instrumentos heredados, injusticia y derecho, ética e inmoralidad, amistad o venganza cruel, con un solo objetivo: mantenerse y extenderse por todo el mundo si era posible? La democracia de Atenas, a pesar de todo su nombre, es aristocracia y oligarquía. Unos pocos miles de ciudadanos gobernaban a trescientos mil metecos y esclavos. El hombre, para ser tenido en cuenta, tenía que ser ciudadano, si no, no le era reconocido ningún derecho. Por eso, no reconocían derechos ni a los extranjeros ni a los esclavos ni a la mujer. Los antiguos griegos son los permanentes amantes del Estado. Su religioso amor por el rey es transmitido, acrecentado, después de la disolución de la monarquía, en amor por la ciudad. Acrecentado porque una idea es indicativa de amor más grande que una persona y, sobre todo, crea menores decepciones para el que ama. “Porque”, añade Nietzsche haciendo finísima filosofía, “cuanto más se siente amado, tanto más bruscamente se comporta con el amante hasta que llega a un fin indigno de ese amor y desemboca en la ruptura fatal”.

Con respecto al Estado romano observamos la misma “inmoralidad” y más organizada. “¿De qué otro modo se consiguió su dominio del mundo si no es con una serie continua de crímenes, violencia, traición, crueldad? Y su religión no era sino el instrumento del Estado; los dioses eran una especie de senado, sobre la tierra; controlaban, defendían, castigaban al Estado. Algunas veces, desde luego, eran castigados por el Estado, cuantas veces no se cuidaban como era preciso de los intereses de ella.

Esta sana y fisiológica salud del Estado no era posible que durara mucho tiempo. Bajo la clase de los fuertes, la cual gobierna y modela el Estado a su imagen y semejanza, vive la masa creciendo y conquistando continuamente prosperidad y fuerza. Primeramente, esta masa, sintiendo por encima de ella a los conquistadores, calla, se doblga, se convierte en instrumento dócil y utilísimo en manos de los conquistadores con instintos feroces de una tribu extraña o de su propia tribu, pero logrando, por elección o por herencia, educar en ellos mismos estos instintos. Pero, con el tiempo, avanza astutamente y con la prudencia y paciencia de largo tiempo socavando ocultamente la clase de los fuertes que está por encima de ellos. Una por una va superando los obstáculos que ha puesto ante ella la clase superior. Un perfecto ejemplo de ascensión ordenada y gradual nos lo ofrece la lucha rabiosa de los plebeyos y patricios en la antigua Roma; por medio de diferentes métodos inteligentes de huelgas, revueltas, astucia, violencia, avanzaban introduciéndose en las dignidades, familias y clase de los nobles.

Una de las mayores armas que inspiró el instinto de conservación en el pueblo para atraer y dominar a los superiores a él fue la ética. Sus normas arrancan de raíz lo que los conquistadores consideraban hasta entonces justo y bueno, y declaran que es exactamente lo contrario, lo cual también era ventajoso para los inferiores: la bondad y la generosidad, la austeridad y la modestia. Poco a poco, la ética, va ganando terreno, la propia conjuración de los instintos débiles contra los fuertes y egoístas, se va

introduciendo en la clase de los poderosos y la desarma, la diluye y traslada así la victoria a la masa de los inferiores. Y el Estado, rapaz y saludable, se derrumba.

¿Quién contribuyó, sobre todo, a este derrumbe del Estado sano? Un pueblo pequeño, feo, de una raza extraña, habitante de una apartada franja de tierra y que adoraba a un solo Dios implacable y todopoderoso. Ese pueblo no es aristócrata, como el griego o el romano, es profundamente oclocrático, creador de una ética que difiere en su conjunto de la idea greco-romana. Para este pueblo no es un pecado la acción dañina contra un ciudadano o contra el Estado, sino la acción contra Dios, con independencia del Estado, y ese pecado sólo se perdona con arrepentimiento, petición de perdón y humillación ante la divinidad ofendida.

Ante tal Dios, todopoderoso e inflexible, todos son iguales —en su insignificancia— fuertes y débiles, ricos o pobres, guapos o deformes. Esta extraña concepción de pecado fue transmitida por todas partes a través del Cristianismo, que amenazaba con ocupar el mundo. Y, desde entonces se trastoca la jerarquía en el espíritu de los valores y son destruidos individuos y los Estados: Ya no se valora la fuerza, la belleza y el impulso hacia la conquista y el instinto de superación, sino la debilidad, la humildad, el sometimiento, la hipocresía y el ascetismo. Ya no se valora la brillantez, el cuerpo fuerte y hermoso, el placer artístico, la intensa manifestación aristocrática de la vida sino la penuria y la medianía, la ética estrecha, la desconfianza hacia la belleza, la abstención de todo placer, el desprecio por la vida temporal y por los bienes terrenales, la resurrección de todas las fuerzas y deseos en otra vida más allá de la muerte.

El centro de la actividad de los hombres se traslada desde esta tierra al cielo. Esta transformación de los valores es de una gran importancia y no tiene precedentes en la historia. El concepto griego y romano del Estado decayó, los bárbaros vencedores fueron derrotados y domeñados por el Cristianismo instalando el veneno en la sangre sana de aquellos. “No sé qué sucede en la domesticación de las fieras, pero dudo mucho de que la fiera mejore. La debilitan, la hacen menos peligrosa atemorizándola e infligiéndole heridas y latigazos y así la fiera cae enferma”. Eso le sucede también, según Nietzsche, al rubio animal depredador, convertido por la ética cristiana en un animal doméstico e inofensivo.

Una de las más funestas consecuencias de este concepto judío sobre las ideas sociales y políticas es el principio de la igualdad. Puesto que todos son iguales ante Dios, sacaron la conclusión de que todos tienen que ser también iguales ante la ley. Y esta nefasta idea la asimiló la Revolución Francesa cuyo objetivo era el éxito de la igualdad y de la soberanía nacional. ¿Qué es eso? Nada sino el éxito de la genuina oclocracia, dura e implacable. Realmente, la igualdad destruye y anula la libertad, y la soberanía nacional anula esta igualdad. Porque, si una ley es lo que es votada por un número mayor, si gobierna la mayoría, ¿qué sucede entonces? Los aristócratas, los que son superiores por cultura y por carácter, sin ser tenidos en cuenta, son anulados en la masa, sus opiniones se pierden entre el griterío de la plebe.

Y eso es exactamente lo que perseguía la Revolución Francesa: la soberanía de la mayoría, la oclocracia. Dio el bastón de mando a los rebaños arrebatándolo de las manos al pastor. La mayoría, esta arma nefasta y poderosa de la masa, constituye una destructiva y criminal mezcolanza del cuánto y del cual. Los votos ¿hay que contarlos o hay que medirlos? La contestación es más que fácil; el general es uno y los soldados son miles. Sin embargo, ahora, en el nuevo Estado oclocrático el general tiene que obedecer a los soldados, o, más bien, no tiene que existir para nada el general.

Tales fueron las artimañas y los sabotajes de la masa por los cuales fue socavado el Estado sano de los primeros tiempos y la clase más alta de los individuos fuertes. Y la

misma clase y el Estado siguen siendo socavados continuamente y se someten avanzando, destruyéndose, chocando contra los sofismas y cayendo en las trampas de la masa. Y, junto a ellos, se pierde la cultura porque, mientras gobierna la masa, tiraniza a los trabajadores superiores del progreso, a los elegidos del espíritu y les hace perder la esperanza y les empuja hacia el pesimismo y el nihilismo. Y lo que es más desesperanzador: este progreso de los débiles y vencidos es sistemático e incesante, como se muestra enseguida si examinamos los diferentes estadios por los que pasó a través de los siglos:

1ª estadio: Proclaman la igualdad de todos los hombres, primero en su propia conciencia y posteriormente también en el mundo exterior.

2º estadio: Comienzan la lucha, quieren que se les reconozca, piden justicia, exigen los mismos derechos.

3º Estadio: Son reconocidos; la primera victoria les llena de exaltación, como sucede siempre, y despierta mayores exigencias; ahora piden prerrogativas, arrastran a la mayoría de la clase superior.

4º Estadio: Quieren el gobierno para ellos aniquilando a los otros.

5º Estadio: Tiene ya ese gobierno o comienzan a lograrlo.

Entonces, la corriente oclocrática inunda y ahoga la política creando así otro síntoma más serio que la decadencia y el nihilismo. El objetivo ideal del Estado actual es abarcar cuantos más individuos pueda con un mayor bienestar asegurado y vital. El nuevo Estado se parece al arquitecto de un hospital el cual calcula con exactitud matemática los metros cúbicos de aire indispensables para la respiración, y dice: “Si corto también cinco milésimas de metro de cada uno, tendré cuatro o cinco camas más.

“Vienen más hombres al mundo de los que se necesitan, grita Nietzsche irritado por tal idea del nuevo Estado. El Estado fue inventado por hombres innecesarios. ¡Ved cómo arrastra a los necesarios. ¡Cómo los abraza! ¡Cómo los congrega y los vuelve a congregarse? ¿Qué busca esta sociedad? Justicia e igualdad. ¿Qué entiende por la palabra justicia? Que castigemos y aniquilemos a todos cuantos son superiores a nosotros. Llamamos igualdad a la virtud que nos ordena que levantemos nuestra voz contra todo tipo de fuerza”. Y un nuevo ídolo es levantado por las aclamaciones y los gritos de la plebe: El Estado Democrático. Impone a los hombres que lo adoren proclamando engañosamente que representa al Pueblo. “Este Estado es el más frío de los engendros. Engaña desvergonzadamente y he aquí la mentira que sale de sus labios: Yo, el Estado, soy el Pueblo. ¡Es mentira! Fueron verdaderos creadores cuantos moldearon al pueblo colgando sobre su cabeza una Fe y un Amor. Pero son desastrosos cuantos tienden una trampa a la mayoría y la llaman Estado. Cuelgan una espada y cien deseos”

Este es el Estado actual, que persuade al pueblo de que se preocupa por él y lo representa. Y con esta excusa halaga los instintos más ruines, lo degrada en lugar de elevarlo hacia lo que es grande y noble. Y para *επισπαται* su adoración y su fanatismo, grita enloquecida: “¡Nada más arriba que yo sobre la tierra; yo soy el dedo de Dios!”. Bajo este Estado democrático y pedestre ¿Cómo terminarán los hombres? “Atravieso por entre este pueblo y mantengo abiertos los ojos. Los hombres se hicieron más pequeños y se empequeñecen continuamente. Son cíclicos, respetuosos con la ley, afables, como granos de arena con otros granos de arena. Se abrazan moderadamente, con sobriedad, en una felicidad innoble, mirando al mismo tiempo a otro recelosamente, con el rabillo del ojo”

La deformación de la naturaleza y del objetivo del Estado constituyó, junto con las otras que hemos visto anteriormente, una de las fuentes del actual nihilismo. “El Estado

se encuentra por todos lados donde buenos y malos sorben el veneno y se crispan. El Estado se encuentra por todos lados donde el lento suicidio es llamado vida”.

IV. RELIGIÓN — ÉTICA — DERECHO

El Hombre, la Familia, el Estado, estas tres manifestaciones, sucesivas y cada vez más amplias, de la actividad y de la sociedad del hombre, las que ha quedado demostrado que fueron influidas por la escala de valores, transmiten y universalizan la debilidad por la cual la humanidad actual se deteriora y es empujada al suicidio y al nihilismo. Pero, ¿acaso las tres ideas básicas que rigen la vida interior y exterior del hombre, de la Familia y del Estado, es decir, la Religión, la Ética, el Derecho son influidas menos funestamente por esta escala, contrarrestando así los perjuicios de las otras influencias, o fueron envenenadas quizá también y no tienden ellas del mismo modo sino al mayor debilitamiento de la vida? ¿Acaso son estos tres valores del actual decálogo síntomas de decadencia y del descubrimiento de los débiles y vencidos?

1. RELIGIÓN

La Religión, que absorbe en los primeros días de la humanidad toda manifestación del Derecho, es una creación de la debilidad y del miedo. Es prueba de la necesidad del hombre de sostenerse de algún modo, de tener un punto de partida y un objetivo, un soporte, una respuesta cualquiera a la angustia de la vida. Mientras que la voluntad del hombre se mantenía fuerte, no sentía la necesidad de este soporte; se lanzaba directamente hacia el objetivo exteriorizado como una fuerza natural.

Cuando, a causa de los peligros y obstáculos que le presentaba la naturaleza exterior, su voluntad se fatigó y disminuyó su fuerza, buscó consuelo y refugio y lo encontró en la religión; pensó que domeñaría las fuerzas poderosas y hostiles que le rodeaban y le afligían, y las convertiría en favorables por medio de las oraciones y de los ritos establecidos y por el propio sacrificio del placer y de la fuerza. Así, el temor y la debilidad crean la religión; pero, incluso los momentos de fuerza del hombre, contribuye también a esta creación.

Puesto que la situación general del hombre en los primeros tiempos era una lucha desesperada contra las fuerzas naturales, por las que fue vencido durante siglos, por eso, en cuanto sintió que su fuerza aumentaba, en cuanto alcanzó una victoria, no se atrevió a atribuírsela a sí mismo, sino que se la atribuyó a una fuerza interior y más fuerte, sobrehumana, Divina. Así, el hombre fue reducido a su propio yo, perdió la convicción en sus propias ideas y se dividió en dos entidades: una débil y digna de compasión y necesitada de protección, a la que llamó “Hombre”; la otra, fuerte y misteriosa, situada fuera de él a la que llamó “Dios”.

Esta situación encontró, no mucho después, a sus geniales organizadores que, incorporando y formulando estos instintos de la debilidad y del miedo, en reglas, dogmas, ceremonias, las rodearon con el vigor del sistema impuesto y de una forma tangible. Y así, los instintos de los débiles son elevados del nivel de la vida normal y son divinizados con el esplendor de lo sobrenatural y de lo sagrado. Consecuentemente, cada pueblo creó a sus dioses a su imagen y semejanza y les obligó inconscientemente a seguir su suerte y su evolución. Y, si examinamos la religión de cada pueblo, podemos descubrir su fuerza y la intensidad de su vida en una determinada época.

Así, el pueblo judío, mientras era fuerte, tenía un Dios como propio de él, celoso y que odiaba a otros pueblos. Cuando el pueblo judío comenzó a decaer y a desaparecer por completo su fe en el futuro y la esperanza en la liberación, cuando le fue impuesto un sometimiento inevitable, creó en su conciencia nuevas virtudes, y su concepción sobre Dios, se transformó, como era de esperar. Antes, personificaba la fuerza de un pueblo, —la ambición y el impulso de un pueblo lleno de vitalidad. Ahora es débil, humilde, ya no aboga por las guerras y las conquistas y el odio a los restantes pueblos sino por la moderación y la resignación, el amor a todos, amigos y enemigos.

Se vuelve cosmopolita. En realidad, no existe otra posibilidad para los dioses; o son poderosos, encarnan el deseo de conquista y entonces serán los dioses de un determinado pueblo, o son débiles y decadentes, y entonces los dioses son los dioses de la bondad y de todo el mundo. Los nacionales se hacen internacionales, Jehová, Jesucristo. Y esta evolución fue demasiado natural. El Cristianismo, que nació durante la decadencia del pueblo romano y el sometimiento definitivo del pueblo judío, encontró el terreno abonado propagándose a las clases más bajas de la sociedad, tan envejecidas entonces, en los humildes y despreciados, en los leprosos, los analfabetos, los esclavos y los pobres. Ensalza las cualidades y los instintos de estas clases: la humildad, la pobreza, la fealdad, la resignación. Condena al Estado y a la Patria. “Si eres cristiano”, grita Crisóstomo al pueblo de Antioquia “no tienes ciudad sobre la tierra. Hemos sido adscritos al cielo, somos ciudadanos de allí”. Prohíbe el juramento, el servicio militar, el poder judicial, la defensa personal, desaparece la distinción entre nativos y extranjeros. Condena la sociedad dando relevancia al ascetismo y el celibato. Introduce el hastío y la repugnancia por este mundo, el “valle de lágrimas”, y todos los deseos y los esfuerzos de los hombres los dirige hacia la vida después de la muerte. Y es evidente que toda enseñanza que invoque otra vida, condena la terrena y sugiere a sus fieles o para que abandonen, ellos solos, esta vida o deseen salir de ella rápidamente. Por eso la religión cristiana, el odio a este mundo, el anatema contra los sufrimientos, el miedo y el desprecio por la belleza y el placer —un profundo deseo de nihilismo, de descanso de la muerte.

Y esta religión cristiana, con todos esos nefastos resultados, sigue gobernando todavía, a pesar de todas las protestas de los que aparentemente se apartaron de la falacia religiosa. Porque, ¿qué es el ideal democrático del nuevo Estado sino una consecuencia y una repercusión del ideal cristiano? En ambos encontramos el odio del débil hacia el fuerte, la tendencia a realzar y alabar la debilidad y la humildad, el reclamo de la generosidad y de la compasión, y, finalmente, el dogma de la igualdad de los hombres.

Y, ¿qué son todas esas tendencias e ideales serviles sino un síntoma del derrumbamiento de la sociedad, falta de fuerza, miedo al dolor, a los males corporales y éticos, al peligro? Y, ¿qué otra idea contribuye más a la conservación y difusión de esta debilidad de la humanidad que la cristiana, influida por el veneno de su nihilismo y las teorías que se le muestran ya contrarias?

2. ÉTICA

Los más audaces filósofos se han detenido llenos de temor ante el problema del bien y del mal. Kant consideraba inaceptable la búsqueda del categórico mandato: “Actúa de tal modo que tu conducta pueda elevarse a ley universal”. El mismo Schopenhauer, aunque censuraba la teoría kantiana del deber, acepta que están todos de acuerdo

prácticamente en aceptar el axioma: “No dañes a nadie, ayuda a los demás todo lo que puedas”.

Nietzsche, no siéndole suficientes estas fáciles afirmaciones del beneficio práctico, pone manos a la obra temerariamente para profundizar en el misterio de la ética: ¿Cuál es su nacimiento, su utilización, su verdad? ¿Contribuye a la vida o es también ella síntoma de decadencia y debilidad igual que la religión? Veamos primeramente las razones engendradoras de la Ética. En la primitiva sociedad bárbara, pasaban el tiempo en crudas guerras, la dureza era considerada uno de los mayores placeres. Consecuentemente, los hombres atribuían a sus dioses sus mismas características en el más alto grado, dado que, como hemos visto, los dioses fueron creados a imagen y semejanza de los hombres. Por tanto, los dioses sienten el mayor placer viendo sufrir a los hombres, y les falta la contemplación de la felicidad humana que era una injuria contra la divina majestad de aquellos. Entonces, el hombre, que para satisfacerse a sí mismo tiranizaba a sus semejantes, para satisfacer a los dioses se tiranizaba a sí mismo, sobre todo siempre que se sentía dichoso.

Así, la restricción de la felicidad, la guerra contra el placer, constituyeron los deberes y la voluntaria manifestación de respeto. He aquí toda la primigenia Ética. Damos satisfacción a Dios atacando nuestros deseos o renunciando a los goces que se nos presentan. La lucha del hombre contra sí mismo, igual que entonces, constituye también hoy la esencia de la ética. Desde entonces se ha introducido y enraizado la idea de que la virtud consiste en el dolor, en la privación, en la restricción de nuestra voluntad. Y el hombre lucha así con sus instintos más naturales para satisfacer, primeramente a dioses malvados y celosos, después a dioses buenos, pero austeros que no quieren que seamos tiranizados y que suframos martirios, pero que tampoco permiten que nos abandonemos al cumplimiento completo de nuestros instintos porque eso equivale al abandono y olvido de Dios.

Finalmente, para quienes se consideran apartados de la idea de la existencia de un Dios, quien nos ordena las normas de la ética, existe otro Dios, —autoritario e implacable también éste—, al cual llaman “Conciencia” el cual ordena con ordenes categóricas exactamente lo mismo que el Dios en el que no creen. Cuando Buda murió, durante muchos siglos después, mostraban su sombra imaginada en muchas cuevas. Una sombra como ésta del dios muerto es también la “Conciencia”.

La conciencia no es algo único, inmutable, divino; es algo múltiple y modificado que varía en los diferentes pueblos y en épocas diferentes, muchas veces también en los diferentes individuos de un pueblo y de una época. Más aún: es algo que depende de muchas condiciones completamente independientes de nuestra voluntad —por tanto de nuestros valores y de nuestra indignidad. Estas condiciones se llaman, ya sea herencia y crianza, ya sea entorno natural y social, ya sea casualidad, de todos modos son misteriosas e independientes de nosotros pero también factores todopoderosos de todas nuestras acciones. Así, se alza esta base sobre la que sólo la Ética puede sostener nuestra recompensa o nuestro castigo por nuestras acciones.

De este modo la ética se muestra injusta y corrupta tomando su comienzo de un grosero malentendido y continuando su existencia a partir de una idea injustísima. Pero, ¿es al menos beneficiosa esta ética, tal como la entendemos hoy? Según Nietzsche, debilita y degrada al hombre. Diciendo ante esto: “Sacrificate por tus semejantes” le persuade a un tipo de suicidio. Seca en el hombre las fuentes de energía, de sus deseos, de las pasiones, del egoísmo, así debilitado y crispado lo presenta como ideal del hombre.

Nos dice la Ética “La maldad y la molicie destruye a los pueblos”. Sin embargo, la verdadera lógica del hombre emancipado dice: “Cuando un pueblo es destruido, la maldad y la molicie (es decir, la necesidad de impulsos fuertes que buscan siempre los organismos agotados) son los resultados inevitables”. Los periódicos dicen: “Tal partido político se está destruyendo por tal o cual error”. Sin embargo, la verdadera lógica dice: un partido político que realiza estos errores se encuentra ya en su destrucción; cualquier error es resultado –y no la causa de la degeneración.

Los nefastos resultados, según Nietzsche de la ética, especialmente de la cristiana, pueden resumirse en los seis puntos siguientes:

1). Falsificó la desgracia y el sufrimiento, mezclando en ellos el sentido de pecado; así arrebató al sufrimiento su inocencia.

2). Estigmatizó todos los sentimientos del placer y de la alegría (la voluptuosidad, el triunfo, el orgullo) diagnosticando en ellos el pecado y la tentación.

3). Dio los nombres más sagrados a los sentimientos más innobles: la debilidad, la modestia y la humildad.

4). Interpretó falazmente lo que en el hombre es grande, y le obligó a renunciar a su personalidad más viril, mientras que sólo la riqueza, la abundancia de la personalidad, la abundancia del ego, el bienestar de los instintos y la convicción en sí mismo pueden considerarse dignos de adelantarse al sacrificio por los otros y elevarse al gran amor. Tenemos que valorarnos a nosotros mismos; de ahí proceden todas las virtudes.

5). Adulteró el amor hacia la mujer.

6). Proclamó la vida como condena, la felicidad como tentación y la convicción en nuestras propias fuerzas como impiedad.

En toda esta ética judeo-cristiana actual destruyendo la amargura de nuestros antepasados sanos, ves a los débiles y a la plebe que, por un lado amontonan diques y obstáculos al libre desarrollo de la personalidad de los fuertes, por otro lado, idealizan sus instintos cobardes y viles.

3. DERECHO

Las anticuadas concepciones sobre Dios, sobre el alma, el libre albedrío, el deber, la ética, transformadas, trajeron también consigo, como consecuencia natural, la transformación del concepto sobre el Derecho. Las teorías filosóficas y metafísicas *a priori* ya no eran suficientes. Las nuevas ciencias físicas introdujeron un nuevo modo de examen y de análisis de las cosas y de las ideas, experimenta, basado en los hechos y en una observación y análisis precisos. El Derecho es percibido ahora como una de las manifestaciones de la vida social, está asociado con las leyes naturales las cuales gobiernan el mundo natural que le rodea, como también con las leyes que rigen el pensamiento y el desarrollo espiritual de un pueblo o de una época.

Y descubrimos así que el modo con el que un pueblo percibe la idea del Derecho proviene inmediata y muy profundamente de su carácter, de su historia, de sus tradiciones y de su ideal. Así en Inglaterra, Hobbes basa el Derecho en la fuerza y el interés, Locke en el interés y la libertad, las dos características del pueblo inglés. Por el contrario, en Francia la tendencia a lo ideal, manifestada en las tres grandes palabras de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad. En Alemania, la evolución de la idea del Derecho se muestra más tangible y en un espacio de pocos años la relación inmediata que adquiere la situación política y económica de un pueblo con las ideas que configura sobre el Derecho. Antes de que sobreviniera la unión nacional y la altísima exaltación del espíritu económico y militar en Alemania, sus filósofos, moviéndose

entre conceptos metafísicos, basaron el Derecho en la libertad ética, en la personalidad del hombre, en la idea innata de lo justo. El poder material era simplemente un instrumento fuera de la esencia del objeto justo. Posteriormente, con el bienestar nacional y económico, esta fuerza material fue considerada como manifestación necesaria y realización de lo justo, símbolo visible de lo justo. El pensamiento de Hegel que fijó el pensamiento de toda la nación puede expresarse así: “Son justas las acciones que, paralelamente y de acuerdo, actúan con un objetivo opuesto: las primeras tienen éxito, las segundas fracasan. El éxito es la exteriorización natural, material, de la idea del Derecho”.

Y Jhering: “El fin del Derecho es la paz, y el medio, el que utiliza el Derecho para alcanzar esa paz, es la lucha, la guerra, la fuerza. La lucha dura mientras dura el mundo; así, la lucha no es extraña a lo justo, está, al contrario, indisolublemente unida a la esencia del derecho –es un elemento de él. Todas las cosas justas se han conseguido en el mundo con la lucha, porque la idea del Derecho no es sino el puro sentido de la fuerza”.

Nietzsche no pudo apartarse, ni era posible, de la influencia del entorno. Un hijo legítimo de un pueblo que se encontraba en plena exaltación, expresó las ideas llenas del ambiente de su alrededor, proclamando lo justo indisoluble de la fuerza. En cuanto estas dos ideas se separan y se conceden los mismos derechos a los fuertes y a los débiles, eso es síntoma de decadencia y degeneración de la sociedad.

Una raza fuerte ataca, como hemos visto, a otra sin fuerza y en paz y la somete. Ninguno de los cánones del Derecho delimita las relaciones de los fuertes con los débiles. Los fuertes son también los creadores del catálogo de valores y definen como bueno, ético y justo lo que conviene y les interesa; por el contrario, inmoral e injusto lo que está fuera de su naturaleza y de su carácter. Los sometidos por el otro, al principio secretamente y después con más audacia y éxito, proponen otra escala de valores, otra división entre justo e injusto, completamente contrario al de los fuertes. La generosidad, la bondad, la dulzura, la paciencia, la resignación, la humildad, que para el señor orgulloso y fuerte eran despreciables e indignos de un hombre, para el esclavo desgraciado eran las cualidades mayores y más liberadoras.

Así, según Nietzsche, no es considerado en absoluto un contenido justo en la naturaleza humana lo que viva siempre y nadie sepa “de dónde apareció”. Lo justo proviene de esa misma fuerza cuyos límites son llamados leyes. En toda la naturaleza existe, por otro lado, una indisoluble identificación entre la fuerza y lo justo. Esta ley de la naturaleza –ética o inmoral, según el humano y estrecho concepto de ética– le es indiferente esto. Una sola cosa es segura: que nadie puede infringir una ley de la naturaleza sin recibir castigo. Y ese inevitable castigo del infractor se muestra claramente en la descomposición y derrumbe de las nuevas sociedades. Mientras que las sociedades primeras, que basaban en la ley de la naturaleza la distinción entre lo justo y lo injusto, eran fuertes y sanas, las actuales llegan a la decadencia y al suicidio porque los pobres y los débiles, socavando sosegadamente y sistemáticamente a los fuertes, consiguieron destruirlos y familiarizar el Derecho trastocando de este modo la ley universal.

Alguno de los estudios cree en la teoría de Nietzsche en este tema porque oye a Calicles en el *Gorgias* de Platón exponer ante Sócrates su teoría sobre el nacimiento y desarrollo del Derecho. La copiamos del diálogo platónico porque es difícil imaginar una formulación de las ideas de Nietzsche más perfecta y fidedigna. Los que han establecido las leyes son los hombres débiles y las mayorías y así hacen las leyes según sus intereses y deciden sobre los elogios y las censuras; asustando a los más fuertes, a

los capaces de superarlos y para no ser superados dicen que toda superioridad es vergonzosa e injusta, y que es injusto el intentar tener más que los demás pues creo que ellos quieren tener lo mismo, aun siendo más innobles.

Por eso se dice en la ley que esto es injusto y vergonzoso, el buscar tener más que la mayoría, y a eso le llaman injusticia; pero creo que la propia naturaleza prueba esto, que es justo que el mejor tenga más que el peor y el más fuerte más que el que es más débil. Y demuestra por todas partes que es así, en los demás animales y en todas las ciudades y razas de los hombres, que lo justo se distingue así, que el más fuerte domine al que tiene menos”.

Y no como hacemos nosotros cogiendo a los jóvenes “hechizándolos y como domesticamos a los leones encantándoles engañosamente diciéndoles que es necesario tener lo mismo y eso es lo bueno y lo justo. Y, yo creo que si nace un hombre con una naturaleza capaz, sacudiéndose y desgarrando todas estas cosas y huyendo, pisoteando nuestras letras y nuestros hechizos y estribillos y leyes todas las que están fuera de la naturaleza, nuestro esclavo sublevándose se convertiría en amo y entonces brillaría la justicia de la naturaleza”.

V. CONCLUSIÓN

Así pues, de cualquier modo que analicemos a la humanidad actual, vemos que se encuentra en completa decadencia; todas las ideas más importantes en las que se apoya contribuyen inevitablemente a esa decadencia, en cuanto que aquellas son una creación de condiciones ya desaparecidas la cuales no pueden ya hacer frente a las nuevas condiciones y necesidades creadas. Y esta decadencia avanza con paso rápido. Por todas partes el triunfo de la ética y del derecho de los esclavos; por todas partes el reconocimiento de una escala de valores creado por los odios y las debilidades de los vencidos y por las mentiras, conscientes o inconscientes, de sus gobernantes, sacerdotes o demagogos. Durante siglos se desarrolló la lucha despiadada entre el ideal aristocrático, ario, que encarnaban los griegos y los romanos, y el ideal semítico, democrático, que representaban los judíos. Los judíos vencieron gracias al cristianismo.

Durante el Renacimiento, surgió una reacción y un nuevo dominio del ideal helénico; pero fue detenido por Lutero y la Reforma. Y el último representante excepcional de la fuerza, Napoleón, fue vencido por la Santa Alianza. Y hoy día es completa y nefasta la victoria de los esclavos y de los judíos. El Hombre, como hemos visto a lo largo de este trabajo, la Familia, el Estado, la Religión, la Ética, el Derecho, todos han caído en manos de los esclavos, y son modelados ahora por ellos a su imagen y semejanza.

Y eso no basta, sino que el nuevo ideal que comenzó desdibujado en la conciencia de los hombres, tendiendo a marginar la Religión, la Ética y el Derecho actuales, y que llamaron “Religión del sufrimiento humano”, se inspira aún más en los principios más cobardes y funestos. Esta religión de la compasión y de la misericordia, tan sensacionalmente anunciada por los socialistas y los utópicos, tiende a sustituir al cristianismo, que es muy semejante a él pero que contiene también nuevos elementos nacidos de nuevas necesidades. Igual que cualquier religión, aquella sistematiza también los instintos y las tendencias de la época actual y las idealiza y predice su triunfo como una necesidad histórica y una duda inaceptable. Y este triunfo no lo traslada a otro mundo, sino sobre esta tierra; y ése es su grande pero nefastamente peligrosa ventaja: atrae y estimula los fuertes instintos de los hombres, instintos que buscan su inmediata y tangible satisfacción, pero también lo falaz de sus promesas puede, además, hacerlo

tangible y conocido sobre la tierra, y así derrumbarse por no haber podido cumplir sus promesas. Mientras que, al contrario, la religión cristiana, trasladando el lugar y el momento del pago de las promesas a otro mundo y a otra vida, establece del todo punto imposible la tangibilidad y la demostración inmediata de su mentira.

Sin embargo, esta nueva “Religión del sufrimiento humano” se encuentra actualmente en su primer y favorable estadio y arrastra tras de sí a las masas del mundo actual. Y este fervor de los hombres por la religión de la compasión, y este desbordamiento de la misericordia ¿qué otra cosa demuestra sino el hecho de que el hombre se ha ablandado, afeminado, no teniendo sólo su sufrimiento sino también el de los otros, en tanto que eso era una advertencia de que puede que también él sufra la misma desgracia?: *Hodie tibi, cras mihi*.

Más aún: comienzan a dudar de la compasión para implantar exactamente la justicia, anunciar fuertes castigos contra los malvados –un fenómeno observado también durante la caída del imperio romano así como un poco antes de la Revolución Francesa. Y lo natural es que llegan momentos en la sociedad en los que, crispada y debilitada, se pone de parte del delincuente y titubea en implantar contra éste el castigo que a ella le asegura su conservación. El miedo al dolor, la cobardía ante el castigo es síntoma de degeneración y de agotamiento.

Y entonces Nietzsche trama un magnífico elogio al dolor que tanto lo elevó y lo ennobleció. “El dolor es el gran pedagogo de la humanidad y a él se deben casi todas las acciones nobles y los grandes impulsos. En la escuela del Dolor, del Gran Dolor, ha logrado el Hombre sus mayores avances, conducido sabia y firmemente por ese duro Maestro. Esta tensión del alma, que se endereza bajo el peso del dolor, y aprende a hacerse fuerte, ese terror que se apodera de ella por el gran peligro, su valentía para sufrir, para soportar, para transformar y utilizar su dolor, eso, en fin, pesado, misterioso, sabio, malvado y grande –todas esas cosas ¿dónde lo aprendió el alma sino en la escuela del gran Dolor? En todo hombre existe un creador y una criatura. Existe algo que es materia, parcial, superfluo, arcilla, fango, demencia, caos. Además de eso, existe también algo que es creador, escultor, un duro cincel, visión de artista, gozo del séptimo día. Nuestra misericordia se dirige a la primera parte la cual tiene como fin sufrir, quebrarse, hacerse pedazos, abrasarse, purificarse por el fuego y el dolor. Mi compasión –¿no se sobreentiende pues, a qué parte del hombre va dirigida, luchando contra vuestra compasión cobarde y humillante? Lo habéis visto: misericordia contra misericordia”

Pero, tal idea femenina del dolor y de la vida no sólo humilla al hombre sino que no lleva a ningún resultado. Supongamos que se generaliza y toma fuerza entre los hombres esta tendencia actual hacia la religión de la misericordia. ¿Qué sucederá? No sólo no disminuirá la magnitud del dolor mundial sino que aumentará porque cada uno, además de sus propias preocupaciones, se cargará también con las preocupaciones del otro. La misericordia se muestra así como una debilitación del instinto de la vida, aumentando la pérdida de las fuerzas y estableciendo la desgracia contagiosa. Y todo esto porque el hombre, destruido por los principios del vigente decálogo de los vencidos, infringe siempre las leyes de la naturaleza.

En realidad, esta tendencia hacia la nueva religión de la compasión ¿qué es sino la transgresión de una gran ley, la ley de la selección? Según esta ley, los organismos más débiles desaparecen en la lucha por la existencia. ¿Qué otra intención tiene el cristianismo y el socialismo sino lo opuesto a la ley natural? Intenta mantener en la vida a los débiles y degenerados, a los desgraciados, a los inválidos; también mantiene y aumenta la cobardía en la vida; establece pues, el mundo más feo y hace más fácilmente asequible la renuncia a la vida, ya sea por repugnancia o por lástima.

Así pues, por todas partes en las ideas ya aclaradas y en las nuevas tendencias, aún medio iluminadas de la humanidad, queda en evidencia la decadencia, el triunfo del ideal de los siervos y los débiles, la incontenible marcha hacia el nihilismo funesto y pesimista.

VI. PARTE POSITIVA DE LA FILOSOFÍA DE NIETZSCHE

Y ahora, ¿qué hay que hacer?

El Hombre, la Familia, el Estado, la Religión, la Ética, el Derecho, intoxicados por la actual escala de valores, obra de los cobardes y vencidos, conducen a la condena y a la renuncia a la vida. ¿Está, pues, abocada la humanidad a desaparecer así rápidamente, o quizá ese pesimismo y descontento no son más que los dolores de parto de un mundo sano, fuerte y hermoso? Y, ¿podemos implantar una nueva escala de valores acorde con las leyes inequívocas de la naturaleza con nuevas ideas tendentes a una exaltación de la vida más noble y enriquecedora?

La respuesta de Nietzsche es “dionisiacamente” afirmativa. Podemos, si encontramos la ley universal que gobierna los organismos –plantas, animales, hombres– para fijar a partir de ella un nuevo decálogo que no sólo acepte y haga avanzar la vida, sino que utilice el pesimismo y el nihilismo como instrumento de vida. Con esta ley sostendremos todo el nuevo edificio humano, ella nos guiará para que encontremos el destino del hombre, de la familia, del Estado, y las relaciones entre ellos, relaciones que entonces serán verdaderamente justas y éticas porque no serán sino consecuencia y desarrollo armónico de una ley universal.

¿Qué ley es ésta? Examinando Nietzsche las leyes naturales evidentes en los organismos de todos los niveles, encuentra que objetivo y tendencia inevitable de ellos es la voluntad de poder. No es, pues, la lucha por la existencia lo que gobierna a los seres, sino la lucha por el poder. La vida no es tan pobre y austera que baste solamente con vegetar, conservarse y fecundar asegurándose cualquier escaso bienestar. La vida es un fuerte deseo hacia una exteriorización lo más amplia posible, tiende perpetuamente a superarse; todo organismo vivo establece como objetivo, incluso para su propio daño y destrucción, conquistar y actuar contra los organismos de su alrededor y no quedarse quieto en la victoria sino moverse infatigable hacia una nueva conquista, y así continua y perpetuamente.

Esto es lo que se observa no sólo entre las plantas y los animales sino entre los hombres. Lo que existe en el fondo de la esencia del hombre sano es el egoísmo, el incontenible impulso de vencer, de crecer, de influir, y extenderse en el mayor radio posible. Se engañan los que creen que el hombre sólo desea una cosa en el fondo; la felicidad. Se engañan, si bajo la palabra “felicidad” entienden serenidad, estado de sosiego y satisfacción según el cual no existe ya nada deseable. El hombre tiende verdaderamente hacia esa situación de inmovilismo, pero en un movimiento perpetuo a través del tiempo. Tan pronto como llega al punto en el que preveía que iba a detenerse, se pone en movimiento hacia nuevas situaciones utilizando este punto, no como término sino como punto de partida. Así pues, la más profunda necesidad que subyace muy dentro en la naturaleza del hombre es la eterna inquietud y la tendencia a propagarse.

Al descubrir esa ley fundamental de la vida, el filósofo debe establecerla como base de la nueva escala de valores. Y así logra, por un lado, determinar el objetivo del hombre y, por otro, graduar los diferentes valores situándolos jerárquicamente según su utilidad para el éxito del objetivo del hombre. De este modo la base y principio del

nuevo decálogo que introduce Nietzsche es el deseo de dominación y de superioridad. De este principio se deduce una consecuencia inmediata: el objetivo del hombre es secularmente superarse a sí mismo, tender siempre hacia delante, por encima del tipo del “Hombre” que existe ahora, y generar otro tipo más completo y más fuerte, y más en armonía con las leyes naturales: el “Superhombre”.

¿Cómo podemos definir al Superhombre, y qué hemos de hacer para lograr la realización de este tipo más elevado que constituye nuestro objetivo en el nuevo decálogo? Superhombre es “el que es capaz de derribar heroicamente la escala de valores presente y desarrollar armoniosamente todas las cualidades del hombre hacia el punto más elevado, poniendo de nuevo como objetivo de su vida tender perpetuamente a superarse a sí mismo”. Así pues, como primer paso hacia la realización de ese objetivo, es necesario que derribemos “heroicamente” la presente escala de valores, la cual ya no puede utilizarse como “estímulo” de la vida.

Entonces Nietzsche se da cuenta por primera vez que el derribo de esa escala no sólo es imposible para todos los hombres sin excepción sino que es también inútil y peligroso. Hasta ese momento, Nietzsche analizó, juzgó, condenó los valores actuales y los declaró como nefastos teniendo en cuenta a los hombres semejantes a él los cuales, comprendiendo el engaño que se había desarrollado en ellos, la horrible desarmonía entre su vida interior y exterior, entre lo que creen y lo que están obligados a hacer, se vieron también arrojados al pesimismo y al nihilismo.

La parte negativa de Nietzsche fue fácil y ciega en el impulso destructivo; pero ahora, en el difícil trabajo de la reconstrucción, el audaz filósofo se ve obligado a avanzar con concesiones y distinciones y a limitar su difícilísimo y peligrosísimo, pero también salvador, decálogo sólo a las minorías, a los emancipados, a los “Elegidos”. Observó que lo que para algunos organismos es útil como alimento y como estimulante, es muchas veces veneno mortal para otros, y viceversa. Así, la Religión, la Ética, la forma actual de Estado y del Derecho, que empujan a los fuertes a la asfixia y a la muerte, es alimento indispensable y perfectamente adaptado para los débiles, los cuales necesitan para salvarse la religión, la ética, la misericordia y el Estado democrático e igualitario. Si a éstos se les da el alimento de los fuertes, serán destruidos.

Y así, Nietzsche divide la sociedad en dos clases tajantemente separadas, cada una con derechos y deberes diferentes, con diferentes leyes y objetivos. La clase más baja, está compuesta por los ciudadanos medios, los que pueden limitarse a ser sólo una pequeña rueda en la inmensa máquina social. Esta clase no sólo comprende a los trabajadores, a los comerciantes, los agricultores, los industriales, sino también a los investigadores y sabios limitados a una estrecha especialidad y que trabajan toda su vida obedientemente y con paciencia en un trabajo común. Estos son los esclavos de la sociedad de Nietzsche, son los que tienen como fin y deber conservar a la clase alta y obedecerla. El Estado, la Autoridad, constituida por la clase más alta, les asegurará una vida totalmente viable. Aún más: estarán más seguros y más tranquilos y felices que la clase superior. No necesitarán ser guías y acortar caminos hacia adelante y, por consiguiente, están libres de la angustia y de los peligros de los demiurgos. La religión será su mayor consuelo, dorando su vida azarosa y cobarde con el brillo de las esperanzas metafísicas y enseñándoles a esperar y a ser felices porque cumplieron con su deber dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Por encima de esta clase, por decirlo así, está la clase dirigente de los luchadores, los que se ocupan de guardar las leyes y el orden social. Para éstos, la ética y la religión aceptada por la clase inferior, la concesión del Derecho, todo lo que es aceptado por la clase inferior es funesto y paraliza la vida, porque ya no les engaña y necesitan otro

modo de concebir la vida. Este modo lo determina y lo traza el tipo más alto entre las clases el del Demiurgo y Señor. Este es el hombre superior, la “síntesis”, magnífico, aislado, el que aún en él los avances que logró la raza a lo largo de los siglos, y que constituye un nuevo hito en la marcha de la humanidad. Sabe que la realidad no es sino la materia neutra a la que sólo nosotros podemos atribuir un valor. Sabe que la verdad y la mentira, el bien y el mal, los sufrimientos y todos los instintos pueden, con nuestra influencia y nuestra acción creadora, transformarse en instrumentos perfectos para el logro del objetivo de la vida, que siempre tiende a superarse a sí misma.

De este modo, la jerarquía de valores se modifica desde la base; la Ética, el Derecho, la misión de las clases altas es completamente diferente de la de las inferiores. Es bueno todo lo que contribuye al fortalecimiento y progreso de la vida; malo lo que la debilita y la agota. “No sé si la vida es buena o mala en esencia. Pero, puesto que ya estoy vivo, quiero que la vida sea lo más plena y posible, dentro y fuera de mí. Así pues, diré “sí” a lo que hace la vida más hermosa, más intensa. Si es aceptado por mí que el engaño y el error pueden ser útiles para el desarrollo de la vida, diré “sí” al engaño y al error. Si es aceptado que los instintos que son condenados por la ética actual –la rigidez, la maldad, la audacia irracional, el ardor bélico– pueden acrecentar la vitalidad del hombre, diré “sí” a la maldad y al pecado. Si es aceptado por mí que el sufrimiento contribuye, en igual medida que el placer, al crecimiento del género humano, diré “sí al sufrimiento”.

Este Superhombre, tendiendo continuamente a nuevas formas más elevadas, y no cesando nunca en cada uno de sus logros, arriesgando su vida y su felicidad para superarse, en absoluto lleva un mensaje de serenidad a los hombres. “No os enseñe la paz sino la guerra y la victoria. La paz sólo es un medio para nuevas guerras. Y es preferible la vida corta a una larga”. Para Nietzsche, igual que para Píndaro, la guerra es “padre de todas las cosas”, la herramienta más poderosa para el progreso y la selección. Si cogemos dos ideas contrarias, dos individuos, dos pueblos, seguramente vencerá la que esté viva y fuerte; la decadente y, por consiguiente, inútil, no tendrá ya un lugar, estorbando al progreso y ampliación de la que es fuerte y superior.

Mientras que el antiguo decálogo que Nietzsche acepta ahora, aunque sólo para la clase inferior, establece la misericordia en el primer orden de valores, el Superhombre proclama, por el contrario, la dureza. Los demiurgos tienen que ser duros como el diamante, como el cincel del escultor, si quieren hendir y esculpir el mármol en bruto del destino, si quieren instaurar nuevos valores y poner el sello de su propio yo en su época. Para Nietzsche la misericordia no sólo no es una virtud, sino el más dañino, incluso, y antinatural de los males. “Que los débiles sean destruidos –he ahí el primer paso de mi amor por los hombres. La misericordia actúa destructivamente, luchando contra la ley del desarrollo y de la selección: defiende y salva al que está ya maduro para la muerte”.

“—¿Por qué tan duro? dijo un día el carbón de la cocina al diamante. ¿Olvidas que somos parientes?—” ¿Por qué tan suaves, apacibles, débiles? ¿Por qué tanto autosacrificio y autorenuncia en vuestro corazón? ¿Por qué un destino tan pequeño en vuestra mirada? Y si no queréis ser implacables como el destino, ¿cómo podréis vencerme nunca? Si vuestra dureza no quiere brillar hendir y cortar, ¿cómo queréis vencerme? Los demiurgos son duros, y habréis de sentir un gran placer grabando vuestras manos durante siglos sobre cera blanda. Oh, hermanos míos, sobre vuestras cabezas pongo esta orden nueva: ¡Sed duros!”

Pero el Superhombre tiene que ser duro no sólo con los demás sino también con él mismo. Tiene que renunciar a cualquier bienestar, sosiego, paz. Porque sabe que la

humanidad no evoluciona hacia un objetivo estable y determinado, sino que todo fluye sin ninguna meta en la vida, buscando siempre avanzar y ascender. En consecuencia, el hombre no debe considerar tampoco nunca que ha llegado ya a un puerto determinado; para él el descanso debe ser preparación para una nueva batalla, su vida, una serie de pruebas cada vez más peligrosas y heroicas. Busca la vida en su plena intensidad, por consiguiente, acepta también con la misma gratitud la mayor alegría y el mayor dolor.

Esa es la naturaleza y la misión del hombre ideal, tal como lo imaginó y lo deseó Nietzsche. Destruirá en él la escala de valores vigente, y verá muertas las esperanzas que le consolaron y le sostuvieron hasta ese momento, —la Religión, la Ética, el Estado, la fe en el alma, la vida futura, el libre albedrío y la igualdad de los hombres— y, a pesar de toda esa destrucción, no se acobarda ni se desanima, sino, por el contrario, que proseguirá él solo ahora, sin apoyo, bendiciendo la vida y aceptándola completamente, con todos sus dolores y placeres. Y dejará para la plebe el entorno salvador del bienestar y la austeridad porque sabe que los peces tienen una desgracia y que para ellos es una necesidad orgánica el permanecer prisioneros en el agua y no intentar seguir a los pájaros por el aire.

Y, como hemos visto, crea para él una misma ética más allá de la Ética, una esfera de acción y de concepción “más allá del bien y del mal” o, que abarca más bien los dos, y los utiliza para el cumplimiento del objetivo. “El hombre más malvado es igual que el más bueno y quizá más beneficioso que aquél —porque mantiene para él y para los otros los instintos sin los cuales la humanidad se habría afeminado y destruido hace mucho tiempo. Por otro lado, los espíritus dotados de la mayor soberbia y maldad han sido hasta ahora causa de los más grandes progresos en el mundo. Han encendido siempre las pasiones que estaban dormidas en la sociedad, han obligado a los hombres a enfrentar una idea con otra, un ideal con otro. Y eso, por medio de las armas, del cambio de fronteras, de violación del respeto, y también por medio de nuevas religiones y nuevas éticas.

Los contemporáneos ven siempre maldad en el alma de todos los maestros y precursores de una nueva Religión o una nueva Ética. Porque lo que es nuevo es considerado siempre malo, en la idea de que quiere destruir los límites recibidos y las leyes del respeto en cada momento. Sólo se considera bueno lo antiguo, lo recibido e instalado de modo estable en la conciencia. “Los virtuosos de todas las épocas fueron cuantos estudiaron y respetaron las leyes establecidas y consiguieron hacerlas fructíferas. Pero cualquier tierra se agota y se queda estéril finalmente, y entonces es necesario que venga la punta del arado del mal, que la roture y la desgarre”.

Alfred Fouillé es injusto cuando opina, (*Revue des Deux Mondes*, 1 Sept. 1901): “para Nietzsche la ética es el más venenoso de los venenos; si la humanidad no ha conseguido mayores progresos es debido a la ética”. Tales juicios subjetivos contra Nietzsche pueden manifestarse —y se han manifestado— en el estudio parcial de su obra. La Ética, según Nietzsche, es peligrosa hoy día porque ya no engaña y, por tanto, no actúa como norma estimulante de acción y de vida. Por consiguiente, es venenosa para aquellos a los que ya no engaña. Para los demás es muy beneficiosa porque así no son conducidos al nihilismo cuando sean destruidos por no poder soportar el derrumbe de todas las esperanzas a causa de su debilidad.

Tampoco confunde Nietzsche la ética con el cristianismo, como mantiene el mismo Fouillé, sino que, al diagnosticar que la ética actual emana directamente del ideal judeo-cristiano, la condena ya desde la fuente. Y lo hace, no para dejar sin freno las pasiones de los hombres, sino, al contrario, para contenerlas y armonizarlas dentro de la Ética más rigurosa y más “ética”. El único gran aspecto que puede arrojarse en justicia contra

el sistema positivo de Nietzsche es la tajante y arbitraria distinción de los hombres en dos clases: la clase de los “esclavos” y la de los “señores”. ¿Cómo pueden separarse estas clases? ¿Cuáles son las características distintivas del “señor” y las del “esclavo”? Por supuesto, cada uno se situará en la primera clase, y se sacudirá el freno de la Ética y del Derecho considerándose así funesto para la sociedad y el Estado.

De este modo, la base de la obra de Nietzsche se tambalea y se mueve todo su edificio. Y ahí se encuentra la parte más vulnerable de la enseñanza de Nietzsche y no en las contradicciones que surgen a cada paso desde el primer vistazo; esas contradicciones desaparecen en cuanto las adaptamos al espíritu del conjunto que exhala, armónica y unitariamente, la obra de nuestro filósofo. Así, mientras que Nietzsche, por un lado, glorifica los sufrimientos y los declara benéficos y santos, por el otro aconseja que los sometamos a una rígida y ascética disciplina. La contradicción se suprime cuando pensamos que los sufrimientos, al igual que todas las fuerzas físicas, son benéficos sólo cuando los sometemos a la disciplina de nuestra voluntad, aprovechando así la ocasión de estimular y fortalecer nuestra voluntad y nuestra personalidad en la lucha contra nosotros mismos.

Además, Nietzsche, en un sitio, enseña que la base de toda manifestación de vida es el egoísmo implacable, mientras que en otro, un poco más allá, pregona que es “el gran amor”. Esto no es contradicción; es la concesión de la verdadera extensión e intensidad del verdadero egoísmo: sólo cuando alguien identifica su yo con el yo de la totalidad, sólo cuando dedica y sacrifica su vida individual por una idea general, elevando y mejorando a la totalidad, sólo entonces puede satisfacer su egoísmo completa y magníficamente.

Esa es la enseñanza de Nietzsche. Raras veces un filósofo ha despertado en tal grado el amor y el odio, la discusión sobre el valor y la originalidad de sus ideas, la influencia destructora o salvadora de su sistema.

Fanático individualista, aristócrata intransigente, enemigo mortal del democrático Estado actual y contundente predicador de la desigualdad de los hombres por naturaleza; era de esperar, por tanto, que despertara la cólera de la sociedad actual. Poeta profundamente lírico, artista de gran sensibilidad, audaz y cínico en sus manifestaciones, despertó el recelo de los filósofos e investigadores, mientras que exactamente esas mismas cualidades y defectos encendieron el entusiasmo de otros. Las ideas de Nietzsche, mal entendidas, pueden exagerar la rebelión y el egoísmo hasta el paroxismo y el ridículo; por eso Nietzsche es confundido muchas veces con los anárquicos o con los pregoneros de la violencia brutal. Nietzsche no es ninguna de estas cosas. No es anárquico porque los anárquicos proclaman que todos tienen el derecho de desarrollarse sin limitación alguna y conquistar la felicidad y la libertad como derecho, lo cual les niega y les roba la sociedad actual. Por el contrario, Nietzsche enseña que la felicidad no debe considerarse de ningún modo como objetivo de la vida; éste objetivo es la permanente tendencia de la vida hacia delante, por lo que, por un lado, impone el trabajo y la sumisión a la clase inferior, y a la superior, por otro lado, no el goce anárquico y despreocupado de las fatigas de la clase inferior, sino, por el contrario, una disciplina aún más rígida, una penosa y permanente tensión de la voluntad, un dominio tiránico y absoluto sobre nuestras pasiones.

Así pues, la enseñanza de Nietzsche difiere completamente de la anarquía; pero igualmente difiere mucho también de la violencia. Es verdad que impone la dureza con todos los débiles y los enfermizos y que condena la igual concesión de derechos para todos, pero también alaba el “gran amor” para todos los fuertes y poderosos que hagan

algo grande. La misericordia es síntoma de debilidad y de pobreza de vida, mientras que “el gran amor” es señal de una existencia rica que “se inclina bajo el peso de su fecundidad” y necesita consumirse. Por otro lado, la utilización de la violencia no aspira en modo alguno a la adquisición de bienes materiales o a la búsqueda de la felicidad, y no le es permitida a la clase superior, porque esa utilización de la violencia es imprescindible para alcanzar su objetivo “superarse perpetuamente a sí mismos”. Esa violencia se ejerce –y ésta es la característica más fundamental– no sólo hacia los demás sino, sobre todo, hacia uno mismo.

Pero Nietzsche tampoco era escéptico, como se le considera muchas veces; el escéptico no cree en nada, duda de todo y pasa la vida sin convicción ni objetivo. Por el contrario, Nietzsche avanzó un paso más allá del escepticismo renunciando a la presente escala de valores, no se quedó tranquilo en la duda y la inseguridad de la verdad sino que, inquieto, desesperanzado, vehemente, buscaba una fe, una Ética, un Derecho, un ideal de hombre y de Estado; y sólo cuando descubrió estos ideales y los elevó a nuevo decálogo, se tranquilizó y anunció entusiasmado que había cumplido su objetivo como filósofo. Cree en el Superhombre con fanatismo religioso, cree en la desigualdad de los hombres y en la necesidad de que sean gobernados por aristócratas y demiurgos; cree en la vida intensa y armónica que hicieron realidad ya los griegos antes de Sócrates, la cual se hará realidad también en el futuro si el mundo se sacude el actual decálogo y sigue nuevos cánones de vida y de actuación.

Por supuesto, estas ideas de Nietzsche no son todas originales. Las encontramos dispersas en los sofistas griegos, como también en los nuevos filósofos y politólogos: Maquiavelo, Hobbes, La Rochefoucauld, Kant, Feuerbach, Stirner, Schopenhauer, Spencer, Emerson. Pero las ideas de éstos las desarrolla, las vivifica, las envuelve con la púrpura de su palabra y les añade de algún modo un brillo original. Así, si comparamos a Kant y a Nietzsche, comprendemos inmediatamente la diferencia abismal. Kant, un cerebro, investigador, geométrico, que construye sus silogismos con un sistema rígido dentro de la esfera de la teoría y de la abstracción, lejos de la realidad, sin calor ni irradiación. Con términos filosóficos e inaccesibles para los no iniciados, destruye toda esperanza en la idea del más allá y de cualquier tentativa de Metafísica siguiente, y levanta así una insuperable muralla china entre nosotros y lo desconocido. Pero estas revolucionarias ideas de Kant son transmitidas silenciosamente entre el estrecho círculo de los sabios, sin poder extenderse fuera de ese círculo e influir en la vida y en la realidad.

Nietzsche, por el contrario, en cuanto descubrió estas ideas, siente un violentísimo efecto en todo su organismo, levanta la cabeza y ve con horror esa muralla china y se sobresalta, se exalta y, con palabras proféticas y un impulso insólito en un filósofo, descarga en lirismos y silogismos la angustia de su alma. Las conclusiones que Kant reducía a la esfera teórica, y al estrechísimo círculo de los iniciados, Nietzsche las toma y las lanza a la vida, calcula sus consecuencias prácticas, las utiliza como la piedra Lidia para la búsqueda de la calidad de los valores, y, con la base de esta nueva concepción, aspira a erigir un nuevo edificio de acuerdo con las nuevas conclusiones. Kant es cerebro, no es sensibilidad. Por el contrario, Nietzsche es sensibilidad de una intensidad increíble. Es el Fernando Lassalle de Kant. La idea recogida en él da la contraseña a la vibración de todo su sistema nervioso y desemboca en pasiones, indignaciones, sueños, ironías, sarcasmos y éxtasis.

Y en esto yace exactamente el secreto de la gran influencia de Nietzsche. Para que una gran idea conmueva a la masa de los hombres e influya en la vida tiene que transformarse en sentimiento y pasión. Y, ¿en qué otra cosa se transformaron las ideas

de Kant y de otros filósofos, tomadas y transformadas por Nietzsche, sino en los más fuertes sentimientos y pasiones? Por eso es por lo que su obra ha influido tan profundamente en la vida política, filosófica y social de la Europa contemporánea. ¿Es beneficiosa esta influencia o es perjudicial? No es posible dar una respuesta positiva o negativa de un modo absoluto. La enseñanza de Nietzsche puede destruir el equilibrio de los organismos, entre los cuales el egoísmo y la ambición se encuentran ya en un alto grado. Estos organismos absorben lo que en Nietzsche contribuye a la sobreestimulación de sus pasiones; omiten o no comprenden la parte ascética y altruista de la enseñanza, y, de este modo, desembocan en tipos inhumanos o cómicos cuya existencia muchas veces atribuyeron a Nietzsche, —injustamente, porque éste es el primero que los repudiaría y despreciaría con su sátira implacable. Además de a éstos, esta enseñanza puede ayudar a los que titubean y a los que están influidos por la ética sentimental y por la filología, y enseñarles a hacer frente a la vida con mayor valentía y resistencia. Hace madurar el pensamiento y fortalece la voluntad y enseña a hacer frente a la vida y a la muerte con valor y desdén olímpico.

En una época como la nuestra, en la que la voluntad se encuentra en decadencia y la actividad se ha hecho vacilante y cobarde por el escepticismo, en una época en la que, por una parte la sociedad eleva a religión la compasión y la manada ayuda a los demás y eleva a ideal el estrecho bienestar material, y por el otro el individualismo sin freno, sin objetivo ni conciencia, asistemático, nihilista, se lanza a derribar por el placer del cambio, la austera enseñanza de Nietzsche, proporcionando un valor ideal a los impulsos nobles del hombre, imponiendo obligaciones y derechos tendentes al logro de un ideal, puede ser liberadora y salvadora para la nueva generación.

Y, si el sistema de Nietzsche es arbitrario e imaginario en los detalles o en determinadas bases generales, sin embargo, la sinceridad que lo inspira, el espíritu de impulso y de novedad salvaje que lo aviva y que presenta el mundo como una palestra y a la vida como un medio para tentativas, guerras y victorias, proporciona al investigador serio y moderado un programa de noble actividad y de objetivo sobrehumano.

Nietzsche es un remedio peligroso y decisivo para la voluntad de los débiles; o cura completamente o mata. Cuantos hombres o pueblos pueden (sin hacerse pedazos o ser ridiculizados) soportar su filosofía y seguirla heroica y armoniosamente, están predestinados a vivir y a ser superiores. Los demás a la desaparición y la compasión.